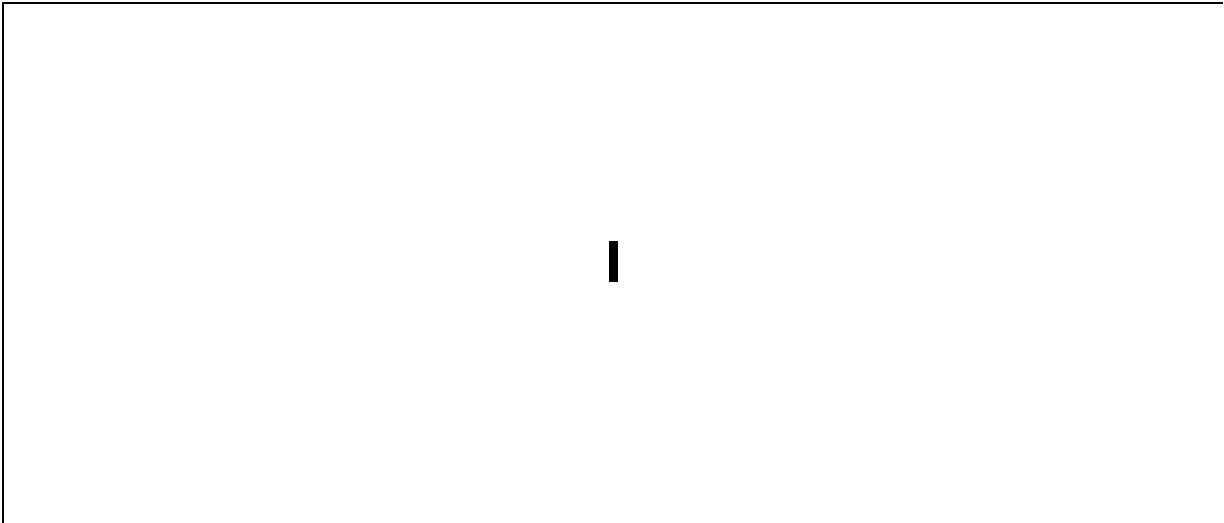


# La Escalera

Lugar de lecturas



Visita al territorio  
de Banville



¿Quién habla? Es la voz de ella, en mi cabeza. Me temo que no parará hasta que yo no pare. Me habla mientras avanzo a sacudidas por estas calles empedradas, me cuenta cosas que no quiero oír. A veces le contesto, protesto en voz alta, le exijo que me deje en paz. Ayer, en la panadería que frequento, en la Via San Tommaso, creo que grité algo, su nombre quizás, pues de pronto todas las personas que abarrotaban el lugar me estaban mirando, tal como miran aquí, no con alarma ni desaprobación, sino con simple curiosidad. Ahora todos me conocen, el panadero, el carnicero y el tipo de la verdulería, y también sus clientes, en su mayoría amas de casa teñidas con henna, rollizas como palomos, con su perfume, sus feas joyas y sus ojos grandes, oscuros y desilusionados. Observo sus piernas extraordinariamente delgadas; envejecen de arriba abajo, pues estas piernas, un tanto arqueadas de manera insinuante, son las que debieron de tener a los veinte años, e incluso antes. Está claro que les intereso. Quizás lo que les llama la atención es que mi aspecto les recuerda la *commedia dell'arte*: mi mirada tuerta e iracunda, y esa cojera cómica, el bastón y el sombrero ocupando el lugar del garrote y la máscara de Arlequín. No parece importarles que esté loco. Pero tampoco estoy loco de verdad, es solo que soy muy, muy viejo. Tengo la impresión de que mi vida ha durado milenios. Cuando vuelvo la vista atrás veo lo que parece una tiniebla primigenia, salpicada de puntos de una luz áspera y fría, inmensamente lejanos, uno de otro y de mí. Pronto, dentro de pocos

meses, entraremos en la década final del milenio; no viviré para ver el próximo, lo que me causa cierto pesar, pues los dos anteriores han generado tanto esplendor, tantas alegrías.

Sí, he regresado a esta ciudad de arcadas, de manera imprudente, quizás. He alquilado una casa en una de las callejas que hay junto al Duomo, no diré cuál por razones que no me resultan del todo claras, aunque confieso que de forma intermitente me preocupa la posibilidad de que me visite la policía. Mi guarida no es gran cosa, un par de habitaciones de techos bajos, frías y húmedas; las ventanas son tan estrechas y sucias que he de tener la lámpara de mesa encendida todo el día para no tropezar en medio de la penumbra. Espero que no me encuentren muerto aquí, la puerta derribada, mi casera chillando y yo en total desaliño. Mi casera —*quella strega!*— es una viuda que decididamente tiene una vena histriónica. Me cuenta que esto era antes el barrio chino de la ciudad, y me lanza una mirada sobre cuyo significado no quiero especular, abriendo mucho los ojos y echando la cabeza muy atrás, lo que me permite gozar de la desagradable visión de las cavernas de sus fosas nasales. Siempre sospeché que acabaría así, como un marginado, recorriendo las calles secundarias de alguna ciudad anónima, hablando solo y observado por los transeúntes. Y sin embargo, elegí volver aquí, aunque no por el cariño que le tengo al lugar, desde luego. A lo que más se parece Turín es a un enorme e imponente cementerio, con todo ese mármol, esos monumentos, esas estatuas haciendo poses; no es de extrañar que el pobre N. se volviera loco aquí, creyéndose rey y padre de reyes y deteniéndose en la calle para abrazar al jamelgo de un cochero. También perdieron su equipaje, igual que una vez perdieron el mío, lo enviaron a Sampierdarena cuando debía ir en dirección contraria; a partir de entonces no he sido capaz de oír ese melodioso nombre sin un gruñido de rabia.

Basta ya de divagar. Voy a explicarme, ante mí, y ante ti, querida, pues si puedes hablarme, seguramente también podrás oírme. Con calma, serenidad, evitando mi habitual ampulosidad de

tono y gestos, hablaré solo de lo que sé, de lo que puedo dar fe. Enseguida el pólipo de la duda levanta su romá y fea cabeza: ¿qué sé?, ¿de qué puedo dar fe? *No existe el «espíritu», ni la razón, ni el pensamiento, ni la conciencia, ni el alma, ni la voluntad, ni la verdad, todo son ficciones...* Eso declara el filósofo demente, esgrimiendo su poderoso martillo. Sin embargo, sigue obsesionándome la idea de que me han concedido una última oportunidad para salvar algo de mí. No hablo del alma, todavía no chocheo tanto. Pero quizás haya algo pequeño y preciado que pueda recuperar, igual que una vez recuperé la cajita de plata para las pastillas de mamá Vander de la casa de empeños. Me pregunto ahora si no habrá sido ese tu propósito; no, como yo pensaba al principio, dejarme en evidencia y hacerte un nombre, sino más bien ofrecerte la posibilidad de redimirme. Si es así, ya has conseguido algo: *redención* no es una palabra que hasta ahora haya figurado en un lugar destacado de mi vocabulario. Pero tampoco tus motivos me resultaron nunca claros, no más, sospecho, de lo que lo eran para ti. A lo mejor llegaste a traicionarme, y algún día, surgida de la imprenta de un recóndito rincón del mundo académico, aparecerá una publicación con un ensayo póstumo, escrito por ti sobre mí, y caeré en el oprobio, todos se reirán de mí, me sacarán entre abucheos de la sala de conferencias. Bueno, tanto da.

El nombre, mi nombre, es Axel Vander, en eso insisto. Cuando menos, en eso. Me entregaron su carta hace una eternidad, en una agradable ciudad de Arcadia, y el portador fue un Hermes con casco y gafas montado en una moto. El mensaje de la misiva era lo que había esperado y temido toda mi vida, lo que considero mi vida, mi vida real. Ahora que por fin había llegado, lo primero que experimentaba era bochorno. Era como si me acabaran de informar de que un hermano muerto mucho tiempo atrás, al que apenas recordaba y nunca amé, no estaba muerto, sino vulgar y vigorosamente vivo, se alojaba en un barrio residencial muy cerca

de mi casa y estaba a punto de hacerme una visita imposible. ¿Qué podía decirle, después de tanto tiempo, a esa versión olvidada de mí? Bebí whisky todo el día, eufórico de pánico y terror, y me desperté en plena noche para encontrarme hundido en la vieja silla giratoria de mi estudio, con una colilla consumida aún entre los dedos. En la tenue oscuridad de California, del exterior me llegaban unos olores que me resultaban exóticos incluso después de tantos años: eucalipto, el polvo todavía caliente tras todo un día de sol, un penetrante olor a carbón que desciende de las rubias colinas, donde, en medio de la hierba, unos tenaces fuegos han ardido sin llama durante meses. Dejé caer la carta al suelo y solté la estúpida carcajada del ebrio. Un coche pasó con un crepitar por la calle Cedar, muy lento, como si el conductor estuviera mirando los números de las casas, y me vino a la mente una máscara y unos ojos apretados detrás escrutando las puertas y las ventanas cegadas. En medio de la oscuridad levanté una mano, amartillé el pulgar y apunté con el índice hacia la puerta. Volví a reír, ahora de manera más flemática, y giré la mano y me metí el dedo que apuntaba dentro de la boca y dejé que el pulgar cayera como un percutor. Me habría metido una bala si..., ¿si qué?

Bah.

Intenté levantarme pero no pude, y caí hacia atrás con estrépito; la silla gimió de sufrimiento, mi pierna renga rodó como un leño. Odio esta pierna, compañera ineluctable de mis años de decadencia, la odio aún más que a ese ojo ciego que me mira mal, sin moverse, desde el espejo, por la mañana, nublado e incoloro, como el ojo, imagino, de un albatros muerto. Eso es lo que soy, un peso muerto que llevo colgado del cuello. Pero la cosa no durará mucho. Últimamente he comenzado a sentir que voy de capa caída, que mi vieja carne sebosa se está derritiendo y pronto solo quedará mi esqueleto. No me importará; me alegraré; entonces me levantaré, despojado ya de lo superfluo, solo hueso reluciente y tendones tersos como cera, nuevo, desconocido, por fin mi auténtico yo. Hay un momento que surge durante la ebriedad, o al final de la ebriedad,

cuando, al igual que, dicen, les ocurre a veces a los que sufren un ataque al corazón, parece que me separe del cuerpo y me ponga a flotar, y me quede suspendido en lo alto, contemplando el espectáculo de mí mismo con desinteresada atención. Me acababa de pasar. Me había visto despatarrado ahí abajo, y luego me había vuelto a mover con una violenta sacudida, igual que un caballo caído al intentar ponerse en pie, agitándome en vano, farfullando. Extendí el brazo hacia la botella que había sobre el escritorio y bebí ávidamente a morro, haciendo mucho ruido. Tenía la boca en carne viva de haberme pasado el día bebiendo. Cuando dejé caer el brazo junto a la silla, la botella se deslizó de entre mis dedos y rodó vacilante hacia delante y hacia atrás, sobre el suelo de madera lustrosa, derramando su contenido en sorbos generosos y glóticos. Que se vierta. De verdad, me desagrada el sabor a humo y cenizas del bourbon, pero desde muy temprano lo escogí como mi bebida, como parte de mi estrategia para ser diferente, otra manera de estar en guardia, como un actor que se pone un guijarro en el zapato para acordarse de que está interpretando a un cojo. Eso fue cuando me encontraba en pleno proceso de transformación. Qué difícil era juzgar así sin más, inventar sutiles discriminaciones, mantener un equilibrio: nadie sabe lo difícil que era. De haberse tratado de una obra de arte, todos me habrían considerado un maestro. Puede que ese fuera mi error, hacerlo en secreto en lugar de abiertamente, adornándome. Se habrían divertido; me habrían perdonado; a Arlequín siempre le perdonan, siempre sobrevive.

Oí crujir un papel debajo de una de las ruedecitas de la silla, como una carcajada admonitoria. Era la carta. Ved: me inclino, emito un gruñido, la recojo, la coloco sobre el brazo de la silla, la aliso con el puño y la leo de nuevo bajo ese cono de luz en el que flota un polvo dorado, y que me baña con su inmerecida benevolencia, mi vieja cabeza gacha y delirante, mis hombros caídos, mi garra surcada de gruesas venas. Las líneas mecanografiadas parpadean al ritmo del pulso que late en mi sien, y mi ojo bueno llora porque ha de esforzarse para mantener las palabras inmóviles y alineadas. Ella

estaba en Amberg... ¡en Amberg, Dios santo! Su tono estudiado y erudito me divirtió. Minucioso, esforzándose en concentrarme, especulé acerca de cuánto debía saber esa mujer. Pensaba que me había desembarazado del pellejo de mi pasado más remoto, y sin embargo ahí estaba la prueba de que no había manera de librarse del todo de él, sino que se arrastraba detrás de mí, unido por un par de hilos de cieno seco.

Entonces, con ebria claridad, vi lo que haría. Es curioso cómo este mundo azaroso te hace sus sesgadas insinuaciones. Rebusqué entre los papeles que había en el escritorio y encontré la tarjeta en relieve que llevaba allí una semana y exhibía con un rictus de desprecio sus pomposos halagos en letra florida. *Chiarissimo Professore! Il Direttore del Convegno considera un altissimo onore e un immenso piacere invitarla ufficialmente a Torino...* Intenté negarme, claro, con una lacónica y desdeñosa nota, pero ahora me daba cuenta de que debía ir, y hacer que ella también acudiera. ¿Qué mejor lugar para enfrentarme a mi ruina, si era eso lo que había de ocurrir?

Al leer la carta por primera vez, mi primer pensamiento fue desaparecer, sencillamente ponerme en pie y echar a andar hasta salir de mi vida, como ya hice en una ocasión con extraordinario y ofensivo éxito. Esta vez sería más difícil; en aquella época no era nadie, y ahora hay gente —un grupo selecto, pero un grupo— en los muchos continentes que existen que conocen el nombre de Axel Vander; de todos modos, puede hacerse. Tenía trazadas mis rutas de escape, mis cuentas bancarias secretas preparadas, mis santuarios sellados y a la espera...; estoy exagerando, por supuesto. Pero durante uno o dos minutos albergué la idea de huir, y ella me albergó a mí. Me hizo sentir osado, peligroso; me hizo sentir joven. Me pregunté si la persona que había blandido esa pluma ponzoñosa, quienquiera que fuese, conocía el efecto que la carta tendría en mí: ¿cabía la posibilidad de que ella me concediera tiempo para ahuecar el ala? Pero ¿adónde iba a ir? Por muchos planes que pudiera trazar, no había ningún lugar al que pudiera ir

más allá de esta orilla pardusca, el último confín de lo que para mí era el mundo conocido. No, no lo haría, no le daría la satisfacción de oír las pisadas y los traspiés de mi pie de barro al huir. Mejor enfrentarme a ella, reírme de las acusaciones..., ¡ja! Le mentiría, por supuesto; la mendacidad es mi segunda, no, mi primera naturaleza. Toda la vida he mentido. Mentí para escapar, mentí para ser amado, mentí por conseguir una posición y poder; mentí para mentir. Era una manera de vivir; por algo riman *vivir* y *mentir*. Y ahora mis primeros ejercicios en ese arte, mis falsedades de aprendiz, se vuelven contra mí para destruirme.

Me desperté a las cinco en una espectral luz de lluvia, todavía ebrio. Durante un instante tuve la esperanza de que Magda emitiera su familiar gemido de queja y se diera la vuelta en la cama con una agitación oceánica. Extendí el brazo hasta donde ella ya no estaba; la sábana poseía ese helor peculiar, levemente pegajoso, que sin duda era producto de mi imaginación, y aun con todo seguía convencido de que lo sentía. Permanecí echado con los ojos cerrados y encendí mi cigarrillo despertador, a continuación me levanté y anduve descalzo por la sala, mi pierna renga aporreando las tablas de arce. No tengo un talante apocalíptico, pues he visto muchos mundos que parecían acabar y terminaban sobreviviendo, pero aquella mañana tuve la certeza de haber cruzado, de haberme visto obligado a cruzar, una frontera invisible, y de hallarme en un estado de que ya sería por siempre postalgo. La carta, desde luego, era el punto sin retorno. Ahora estaba más que nunca escindido en dos, yo que siempre he sido yo y otro. Por un lado estaba el yo que había sido antes de la llegada de la carta, y ahora había ese nuevo yo, dos letras inclinadas hacia todas las cosas conocidas que de pronto se habían vuelto extrañas. La casa tenía un aspecto tenso y vigilante, como si le molestara mi intrusión en sus furtivos manejos a esa hora insólitamente temprana. Rondan fantasmas de sombra, intentan pasar inadvertidos. La lluvia forma regueros en una

ventana, y delante, en la habitación, un trozo de pared se ondula como seda oscura. Me quedé muy quieto y escruté la oscuridad, buscando algo que enfocar; había veces en que Magda estaba allí, una presencia palpable, pero ahora no, y las sombras eran solo sombras. Desde el jardín oí la lluvia golpeando las hojas, abriendo un surco en la tierra, y me la imaginé cayendo recta y brillante como cables a través del alba sin viento.

La cafetera estaba aún en pleno parto diarreico cuando la lluvia cesó de pronto. Nunca me acostumbré al clima de aquella costa, siempre demasiado ordenado, demasiado preconcebido; la primavera, con sus discretos chaparrones matinales seguidos por días de sol incesante, carecía del carácter impredecible, de la exaltada febrilidad de las primaveras de mi juventud. Los arcadios, a su manera relajada e irónica, se quejan del clima, pero para mí esas condiciones casi ni podían llamarse clima, pues soy un producto de las desoladas tierras bajas del norte de Europa, donde hay tormentas de hielo, lluvia al sesgo y cielos de nubes tumultuosas que avanzan sin cesar hacia el este. Llevé mi taza humeante hasta el rincón donde desayuno, y con esfuerzo me coloqué entre el asiento y la mesa. El jardín empapado, revuelto y reluciente, tenía el aire avergonzado de alguien que se arregla la ropa tras una disputa indecorosa. Habría bruma en la bahía durante media mañana, hasta que el sol fuera lo bastante fuerte como para disiparla, como dirían los partes del tiempo. Me gusta la palabra *disipar*, esa seguridad de que no va a quedar nada. En la costa hay que ponerse del lado de los elementos; incluso los no infrecuentes terremotos son una especie de gran broma comunitaria. Los primeros meses después de mudarme a esta casa me encantaba sentarme así por la mañana, mirando mi aguacate, mi melocotonero, los pájaros que cantaban y revoloteaban por ese arbusto que creo que se llama hibisco, mientras escuchaba en un estado de cosquilleante dicha las noticias de la radio de primera hora de la mañana, impaciente por que llegaran al final, momento en el que el locutor, de voz risiblemente solemne, me informaría de lo que me esperaba ese día,

de las temperaturas máximas y mínimas —nunca demasiado altas, nunca demasiado bajas—, las brisas pacíficas y suaves como aientos, el espejismo de la persistente niebla. Era como si te prometieran una sucesión de placeres abundantes y totalmente inmerecidos.

Fui al cuarto de baño, y cuando regresé, afeitado de cualquier manera y poniéndome la corbata, esta vez Magda *estaba* allí, con su vieja bata gris de cordón deshilachado, sentada en el mismo lugar que yo acababa de ocupar. Parecía sólida como una butaca, las manos planas sobre los muslos y un metro de franela extendido entre sus rodillas separadas, y mi corazón dio un golpe de refilón y por un momento temí caerme. Así es como mejor la recuerdo en esa casa, plantada en la neurálgica luz de primera hora de la mañana, el pelo como hierro con una severa raya en medio, y las pesadas trenzas enroscadas en la cabeza como dos auriculares desmesurados, desnudos los pies callosos, la mirada ensimismada del que nada espera, fija, pasándose de largo. Hoy tenía la cara un poco desviada, en el ángulo característico de cuando estaba muy atenta. Parecía que, si yo esperaba lo suficiente, me fuera a hablar. Pero entonces parpadeé y ella desapareció, y mi corazón recuperó malhumorado su ritmo habitual y enfermo. ¿Por qué no podía dejarme en paz? Ella quería irse, estaba seguro de eso, ¿por qué seguía viniendo entonces? Mi taza de café se hallaba en el lugar en que ella había aparecido, de ella aún se elevaba una columna de humo; se asemejaba al cañón humeante de un arma.

Turbado, me dirigí a la pieza a la que, no sé por qué, daba el nombre de salón. Era la habitación más oscura de la casa; siempre había que tener una luz encendida, día y noche. Quizás era ese el motivo por el que la gente no parecía muy dispuesta a quedarse en ese cuarto, a pesar del sofá y las butacas y las estanterías atractivamente desordenadas. ¿Gente? ¿Qué estoy diciendo? Allí no había nadie, aparte de mí, y de Magda. No fomentábamos las visitas; no éramos sociables; apenas conocíamos los nombres de los vecinos más cercanos; así había querido yo que fueran las

cosas, y Magda había aceptado de buena gana, o al menos eso creo. Me senté en el sofá, crapuloso, cansado, con un ruido viscoso, con una repentina y amable autocompasión. Nunca siento de manera más aguda la melancolía y los peligros de mi vida como a primera hora de la mañana, la hora en que debería rebosar de renovada esperanza y vigor. Por un momento vaciló mi resolución; ¿por qué iba a emprender ese viaje, qué esperaba conseguir? Me abracé con una mano la parte inferior del muslo de mi pierna renga y la deposité encima de una de las mesitas, por lo que la bombilla de la lámpara pegó un brinco y parpadeó. ¿Y qué otra elección tenía sino ir?

En la sala había una sola ventana, grande y alargada, que daba a una estrecha calleja y al lateral de la casa de al lado. Ahora el día señoreaba las calles, y la ventana era un gran rectángulo de luz lenta surcada de sombras añiles en diagonal; contra la oscuridad en la que yo estaba sentado puede que hubiera un cuadro, de colores chillones y plano, como una primitiva representación de una escena tropical. Para mis adentros comenté lo insistente que era la luz en esa parte del mundo, un brillo mate, invariable y sereno, que llenaba cada centímetro cuadrado del día de un gas brillante e incoloro que al parecer no se originaba en el cielo, sino que era emitido por las mismísimas cosas sobre las que caía, los edificios blancos como terrones de azúcar, los coches color pastel, los árboles bruñidos y verdinegros que flanqueaban cada calle, como guardianes soñadores. También observé, de manera más inmediata, el polvo que había en la habitación. Desde que Magda se fue yo no había hecho ningún esfuerzo por limpiar el lugar; ni siquiera estaba seguro de dónde estaban los enseres de limpieza, aunque probablemente había una escoba, una fregona, un cubo... Había tenido la impresión de que Magda tenía una mujer de la limpieza que venía cuando yo no estaba, pero aunque estuve esperando varias mañanas seguidas, nadie apareció. Quizá solo me imaginé a la negra y lustrosa Jemima, con aquellos ojos que le daban vueltas en las órbitas, su formidable pecho y el pañuelo para la cabeza de

algodón blanco, atado en un moño. Así pues, ¿hacía Magda todas las tareas de limpieza? No sé por qué debería sorprenderme esta posibilidad, pero así es. Ahora que se había ido, el polvo lo cubría todo con descaro, un pelaje delicado, suave, color topo, surcado por un laberinto de senderos que señalaban las pautas de mi existencia de viudo en la casa: de la puerta al vestíbulo, de la cocina a la mesa, del baño al dormitorio. Los márgenes de mi vida desaparecían, desmoronándose en esa gris penumbra de suave polvo.

¿Viudo o enviudado? ¿Existe esa palabra? A veces incluso el lenguaje me pone la zancadilla para que tropiece.

Durante sus últimos años de vida, fue un misterio para mí cómo pasaba el tiempo Magda cuando yo no estaba en casa, y cada vez más procuraba estar fuera. La respuesta no podían ser tan solo las tareas domésticas, ni siquiera para una persona tan concienzuda y de movimientos tan lentos como ella. Siempre que le preguntaba qué había hecho durante el día, ponía una expresión acorralada, me ocultaba la cara en un ángulo de tres cuartos y dejaba caer un hombro, por lo que tenía la impresión de que me acechaba un rumiante grande y cauteloso. Su actitud retraída siempre me irritaba, aunque no se me ocurría qué decir para protestar, y me conformaba con darle mi sonrisa más acerada, de labios descoloridos, inhalando ruidosamente por la nariz con un susurro de reptil que la amedrentaba. Después de esos diálogos me resultaba gratificante que ella se paseara por la casa toda la noche emitiendo unos leves suspiros atribulados, o se estuviera muy callada, como si esperara ansiosa a que se aplacara mi ira. Cuando estábamos con otras personas, en una de esas inevitables fiestas o recepciones universitarias, no podía resistir la tentación de hacer mordaces comentarios acerca de ella cuando no podía oírme, invitando a aquellos que habían sido lo bastante insensatos para unirse a nuestra conversación a compartir mi burla hacia su presencia fuera de lugar, mal vestida, muda. El que yo hiciera brillar mi ingenio a sus expensas fue, al menos en parte, lo que la convirtió en objeto de

mofa general; a través de los años he oído cómo se referían a ella con nombres tan diversos como «Vander's Mädchen» y «Mutter Vander», y misteriosamente, «la Vieja Eva». Magda no parecía tomarse a mal esas insignificantes y públicas crueidades a las que la sometía, e incluso sonreía un poco, de manera tímida, como orgullosa de lo atroz que podía ser mi conducta, y sus ojos grandes, como botones negros, brillaban, y su labio superior sobresalía rollizo. Y, como es de suponer, esa alegre tolerancia me enfurecía aún más, y quería abofetearla mientras estaba allí, en medio de toda aquella gente, con sus zapatos anchos y planos, con un vaso en la mano que se olvidaba de sorber, satisfecha de hallarse aislada en las insondables profundidades de su ser, mi lenta, voluminosa y enigmática compañera, a la que durante la mayor parte de los cuarenta años que pasamos juntos debí de amar, o de lo contrario la habría dejado.

Me levanté del sofá y regresé al dormitorio, donde me sobresaltó descubrir que ya había hecho una maleta. Debí de hacerla a primera hora de la mañana, cuando estaba borracho. No me acordaba. Recordé haber llamado a la compañía aérea, y mi sorpresa ante el hecho de que no me respondiera una máquina, sino una voz humana totalmente despierta y jovial hasta lo irritante —no puedo adaptarme a la creciente diurnidad del mundo—, pero después de eso solo me venía el vacío borroso y un tanto zumbante del sueño ebrio. A lo mejor no era solo el bourbon, me dije; a lo mejor es que se me iba la cabeza. ¿Cómo podía detectarse la intrusión de la senilidad, cuando lo que ataca es la propia facultad de detectar algo? ¿Habría intervalos en los que la cosa remitiría, destellos de terrible claridad en medio del farfullar sin sentido, momentos de tembloroso reconocimiento ante el espejo, en los que contemplarías con unos ojos llenos de horror la pechera de la camisa babeada, la bragueta manchada de meado? Probablemente no; probablemente entraría en la senilidad sin darme cuenta de nada. La aparición de la extrema vejez, tal como yo la experimento, es un proceso gradual de acumulación, como cuando se posa lentamente algo suave y

gris, como el polvo de una casa desatendida, bajo el cual se vuelven borrosos los perfiles antaño nítidos de mi ser. También existe un proceso opuesto, mediante el cual las cosas se vuelven rígidas e inamovibles: mis heces se convierten en lingotes de hierro caliente, mis articulaciones se secan hasta chirriar una con otra como piedra pómez, dejando mis uñas de los pies duras como un asta. Las cosas del mundo, los objetos supuestamente inanimados, se unen en una conspiración contra mí. Lo dejo todo donde no toca, lo pierdo: mis gafas, el libro que estaba leyendo hace un momento, la cajita de plata para las pastillas de mamá Vander —aquí está de nuevo ese bibelot— que conservé como talismán durante más de medio siglo pero que ahora parece haber desaparecido, extraviada en una grieta del tiempo. Caen sobre mí los objetos de las estanterías superiores, los muebles se plantan en mi camino. Me corto repetidamente, con la navaja de afeitar, el cuchillo de la fruta, las tijeras; al menos una vez por semana acabo encorvado sobre el lavamanos, quitándole el envoltorio con los dientes a una tiritita mientras la sangre de un dedo cortado gotea con estremecedora vulgaridad sobre la porcelana. ¿No son estos contratiempos de un orden diferente de los anteriores? Nunca fui una persona habilidosa, ni siquiera en los años más vigorosos de la juventud, pero me pregunto si mi torpeza podría ser ahora algo nuevo, no simplemente una incapacidad manual, sino una forma radical de discontinuidad, la manifestación exterior de lapsus y oclusiones definitivas que ocurren en las profundidades del cerebro. Las cosas más nimias son siempre la advertencia más fiable, solo con que uno les preste atención. El primer indicio que advertí de la enfermedad de Magda fue su repentina afición a la comida infantil de todo tipo, palomitas de maíz, patatas fritas, barras de caramelo, sidral, chupa-chups.

En la calle rebuznó la bocina de un coche; para mí el sonido de la bocina de coche es la llamada más característica de esta gran república: estridente, perentoria, con un trasfondo de burla. Agarré mi maleta y mi bastón y me dirigí hacia la puerta dando bandazos,

como un condenado a muchos años de cárcel que ha oído cómo se abrían los cerrojos de golpe.

El taxista era una caricatura de inmigrante del este, hosco y taciturno, un ruso, probablemente, pues parece haber muchos en estos días de reciente liberación. Me cogió la maleta a regañadientes y bajó con dificultades las escaleras del porche. Hay veces en que toda esta franja de costa parece un plató de cine y todos sus habitantes actores de reparto. En la calle, los exuberantes árboles brillaban al sol, y en todos los jardines se veían flores de vivos colores, e incluso ahora, a esta hora tan temprana de plena primavera, el aire se notaba húmedo, gastado, otro efecto de la falta general de clima, y no había viento, y sí esa polución que ni siquiera las lluvias del amanecer pueden disipar completamente. El taxista no me abrió la puerta, y me costó meterme en el vehículo de techo bajo, lanzando primero mi bastón y a continuación girando y doblando el torso por la mitad y lanzándome hacia atrás a través de la puerta sobre el asiento y agarrándome la pierna inútil con las dos manos e introduciéndola después de mí. Resulta difícil ser garboso cuando eres medio cojo. A lo largo de mis esforzadas maniobras, el ruso permaneció sentado delante, como un hombre de piedra, mirando impasible hacia el frente, las orejas peludas, los gruesos hombros encorvados. Acto seguido levantó una palanca en alguna parte —nunca aprendí a conducir esos enormes y aterradores coches del país—, pisó el acelerador, el motor rugió y el taxi salió lanzado hacia delante como un animal degollado. Me volví y espié a uno de mis vecinos, de pie en el porche, vestido con camiseta de malla y pantalón corto, que observaba cómo me iba con lo que me pareció una expresión de sospecha confirmada, como si tan solo esperara a que el taxi doblara la esquina antes de correr al teléfono y llamar a las autoridades para informarles de que el pájaro sospechoso de la casa de al lado se había dado el piro. Es uno de esos indígenas, tipos altos y enjutos de rizos entrecanos y bigote caído de bandolero. En las dos décadas o más que vivió junto a nosotros no intercambié más que un puñado de saludos

comedidamente corteses con él, aunque en una ocasión vino a casa para quejarse de un perro callejero que Magda había acogido; me libré del perro, por supuesto. En aquel momento se me ocurrió, por primera vez, que el individuo podía ser hebreo. Me pareció probable: esos tirabuzones, esa nariz. La mitad de la población de Arcadia y sus alrededores parecen pertenecer al Pueblo Elegido, aunque no del tipo al que yo estaba acostumbrado; esos *Luftmenschen* estaban todos demasiado seguros de sí mismos, eran demasiado prepotentes y nunca se quejaban.

Llegamos a la costa y giramos en dirección al puente. Antes había estado en lo cierto, aún había bruma en la bahía, aunque el sol era cada vez más fuerte. La autopista estaba congestionada por el tráfico de la mañana, seis carriles a toda velocidad como una manada de animales enloquecidos. Me apreté la cara con las manos. Estaba cansado; mi mente estaba cansada; se está gastando, al igual que el resto de mí, aunque no tan deprisa. Y sin embargo, no puedo dejar de trabajar, ni por un instante, ni cuando duermo; nunca consigo aceptar ese hecho aterrador. Una y otra vez, sobre todo de noche, me planteo la espantosa posibilidad de que la mente pueda sobrevivir a la muerte del cuerpo. Dicen que se oyó a la cabeza decapitada de Danton imprecar a Robespierre. Quedar atrapado así, aunque solo sea por un minuto, sentir cómo el sistema se desconecta, ver la luz que por fin se apaga..., ¡ah! El taxi tomó una rampa de la carretera con un topetazo y emprendió la larga subida del puente, alcanzando a duras penas los noventa por hora, los neumáticos chirriando y el motor traqueteando como un aparato de aire acondicionado defectuoso. Eché la cabeza hacia atrás sobre el plástico pringoso del asiento y volví a cerrar los ojos. En la oscuridad fluían las preguntas de siempre. ¿Qué sé? Ahora menos que ayer. El tiempo y la edad no me han traído sabiduría, como se supone, sino confusión y una incomprendición cada vez más generalizada, donde cada año se deposita otra capa de nesciencia. ¿Qué sé? Cuando abrí los párpados habíamos llegado a la primera cresta del puente, y la ciudad quedaba ante nuestros ojos,

recorriendo con calma la línea de bajas colinas, y a esa hora tan temprana los edificios se alzaban planos y sin rasgos como un telón de foro. Un diminuto avión estaba posado sobre la nube de polución azul petróleo. En todo el tiempo que viví allí jamás estuve en el otro puente, el famoso, el de color óxido; no sé de cierto adónde va ni de dónde viene. ¿Qué me importa a mí la simple topografía? La topografía de la mente, en cambio, eso es otra cosa... *La topografía de la mente...* ¿De verdad digo estas cosas en voz alta, para que la gente las oiga?

Un coche blanco y destortalado, conducido por un delicado joven de color, viró repentinamente y se metió en nuestro carril, delante de nosotros, y el ruso pisó con fuerza el freno; el taxi gruñó e hizo un giro peligroso; me vi lanzado hacia delante y me golpeé la rodilla buena en algo duro que había en la parte de atrás del asiento delantero y me hice daño. Un accidente de tráfico, esa quintaesencia del espectáculo de la carretera americana, fue siempre uno de mis peores terrores, el intolerable absurdo de todo ese ruido, calor, vapor que susurra, dolor. El ruso comenzó a disputarle la posición al negro, y por fin, con un tremendo giro de volante se metió en el carril de la izquierda, adelantó al coche blanco, abrió la ventanilla automática del lado del copiloto y soltó una maldición cosaca polisilábica. El chaval de color, que tenía un escuálido brazo posado sobre la portezuela, mientras sus dedos largos y delicados tamborileaban al ritmo de la música que tronaba de la radio de su coche, se volvió y nos ofreció una amplia sonrisa, mostrando una boca increíblemente enorme, unos dientes increíblemente blancos, a continuación carraspeó profundamente y escupió un fibroso gargajo verde que aterrizó con un sonido seco en la esquina de la ventanilla de atrás, junto a mi cara, y me dio tanto asco que me hizo retroceder de un salto. El chaval echó hacia atrás su cabeza egipcia y emitió una carcajada-rebuzno que vi pero no pude oír por culpa del rugido del tráfico y el estruendo de la radio, y salió disparado alegremente hacia delante en medio de una negra

ráfaga de humo del tubo de escape. El ruso pronunció de manera brutal algunas palabras que casi preferí no comprender.

Desde el puente, tomando una salida que nunca había visto, descendimos bruscamente hacia un páramo de gasolineras, moteles baratos y matorrales ocres que me era desconocido. Me pregunté si el ruso sabía el camino del aeropuerto; no sería la primera vez que uno de esos coléricos exiliados moscovitas me llevaba a un destino equivocado. Contemplé el desolado paisaje, con sus sombras inclinadas pasando a toda prisa, y de nuevo me sorprendió lo extraño que resultaba estar allí, estar en cualquier parte, en compañía de todas esas engañosas singularidades. El ruso era el ruso de brazos largos y orejas hirsutas; el chaval negro era el chaval negro que nos había escupido y que iba ataviado con una camiseta desgarrada; yo era el yo que iba de camino al aeropuerto, y desde ahí a otro mundo más antiguo. ¿Acaso somos, cualquiera de nosotros, algo más que la suma de nuestros atributos, incluso para nosotros mismos? ¿Era yo algo más que un complejo en movimiento de impulsos, miedos, fantasías azarosas? Pasé la mayor parte de lo que supongo debería llamar mi carrera repitiendo de manera machacona, a quienes quisieran escuchar de entre la turba general de intransigentes sentimentales que me rodeaban, la sencilla lección de que el yo no existe: no hay ego, ningún barbado patriarca del cielo nos ha insuflado una sublime chispa individual, pues ese patriarca tampoco existe. Y sin embargo... A pesar de mi insistencia, y para mi vergüenza, admito que ni siquiera yo puedo librarme del todo de la convicción de que existe una perdurable identidad entre el maremágnum del mundo, un núcleo, una semilla inmune a cualquier galerna que pueda arrancar las hojas del almendro y sacudir y oscilar las ramas que lo nutren.

Ahí está el aeropuerto, en medio del resplandor astillado de la mañana, los nerviosos pasajeros arrastran sus maletas; los taxistas, como perros en remolino, oliscan la parte de atrás del que va delante; el negro de la gorra con visera sonríe y dice: «¡Buenos días, señor!» con una alegría inmensa, falsa y enfática. Le pagué el

importe al ruso —¡el bruto sonrió!—, cogí mi maleta, saqué las ruedecitas de mi bastón y avancé con mi andar de barquero hasta toparme con una espectral versión de mí mismo en las puertas de cristal ahumado del vestíbulo de salidas, que en el último instante, justo cuando parecía que yo y mi reflejo íbamos a chocar y aniquilarnos mutuamente, se lo pensaron dos veces y se abrieron ante mí con una cálida exclamación.

¡Vuela! ¡Vuela!

Ella colocó los dos frágiles recortes de periódico sobre la mesita iluminada por la lámparilla que había junto a la cama, se sentó sobre los talones y los estudió durante unos momentos, las manos planas sobre el borde de la mesa y la barbilla apoyada en las manos, primero la crónica de la muerte de él, ocurrida mucho tiempo atrás, luego las fotografías en las que aparecían él y el otro, descoloridas por el tiempo. Cada vez que ella respiraba empañaba fugazmente el cristal de la mesa y se agitaban los fragmentos del papel color sepia. Eran quebradizos y ligeros como alas de mariposa. Ella sintió el azote de la culpa; los había recortado con unas tijeras para las uñas, inclinada sobre el archivador de periódicos, con la esperanza de que el bibliotecario viera lo que estaba haciendo, se le acercara y la reprendiera con una indignación gutural en un idioma del que no entendía una palabra. Se asombró de nuevo ante la errata que había en el pie de foto —*Axel Vanden*—, lo inexplicablemente idónea que era. Qué joven se le veía, no sería más que un muchacho, muy guapo, pero con una expresión tan asustada; quizás no se debía más que al flash de la cámara, que le había asustado, aunque ella no podía dejar de observar miedo y aprensión en esos ojos. El otro, el que estaba junto a él, exhibía una sonrisa insolente, aunque también de burla hacia sí mismo. Ella cogió delicadamente con los dedos los dos rectángulos de papel de arroz, que había recortado para que coincidieran exactamente, y los colocó sobre los dos recortes, primero la crónica de la muerte de él, a continuación

las fotografías. La pluma estilográfica que ella había comprado era de diseño antiguo, gruesa en el medio y ahusada en el extremo; le había costado una suma desorbitada. En el interior no había la perilla de goma que había esperado encontrar —la imitación de pluma antigua se limitaba al exterior—, sino un rígido cartucho de plástico. Era mejor así: de haber habido una perilla tendría que haberla quitado, por miedo a que se saliera la tinta, o reventara, pero podía dejar dentro el cartucho, era seguro, y lo bastante ancho como para dar cabida a lo que pretendía colocar dentro del hueco del mango. De este modo la pluma también funcionaría, y eso le convenía; la verosimilitud se halla en los detalles, esa era la lección que había aprendido sobre las rodillas de un maestro. A continuación acercó los recortes de periódico al borde delantero de la mesa, y meticulosamente, sin atreverse a respirar, los enrolló dentro del cargador de tinta, primero uno, luego el otro, boca abajo, recubiertos por la protección del papel de arroz entre ellos, y los aseguró con un lazo de un finísimo hilo que se había arrancado del dobladillo de la blusa. Hacer el nudo fue difícil, pues los recortes y el papel de arroz se desenrollaban cada vez, y necesitó tres intentos antes de lograrlo. También fue muy concienzuda al enroscar el mango de la pluma; en uno de los giros enganchó un poco los hilos y emitió un crujido, y ella tuvo la sensación de que algo blando y cálido le daba una sacudida en la boca del estómago. Pero ya estaba hecho. Al apoyar la rolliza pluma en los dedos le pareció una pistola cargada. Para probarla escribió su nombre con una floritura sobre el bloc que había junto a la cama; el plumín era demasiado fino para su gusto. Volvió a enroscar el capuchón, se metió la pluma en el bolsillo de la blusa y se dirigió al guardarropa, donde se colocó delante del espejo y permaneció mirándose un buen rato. Su reflejo siempre la fascinaba, y también la asustaba, esa ineludible persona ahí de pie, tan conocida, que tantas cosas conocía, y tan extraña.

Aquella noche las voces de su cabeza estaban en silencio.

Ya no había nada más que hacer; había acabado todos los preparativos posibles. A Axel Vander, que vivía al otro lado del

mundo, ya le habría llegado su carta, eso le habían asegurado en correos. Ella había solicitado el servicio postal más rápido; para su consternación, había tenido que gastarse una importante cantidad de su provisión de billetes, cada vez más escasos. Se acercó a la ventana, se inclinó junto a ella y miró hacia la noche. En la plaza había charcos de lluvia, relucientes y negros como petróleo, y una hilera de árboles, plátanos, imaginó, que proyectaban sombras oblongas e irregulares sobre la acera. Oyó un organillo tocando en alguna parte, con una alegría mecánica y siniestra —¿un organillo a esa hora de la noche?—, y le llegó un tenue y empalagoso olor de lo que tardó un momento en identificar como vainilla. A ella le gustaba estar allí, en aquella ciudad que casi no conocía, su aislamiento. Estaba segura de que él acudiría. Quizás mañana mismo. A lo mejor ya estaba en camino. Se lo imaginó, intentó imaginárselo, yendo a toda prisa al aeropuerto, aturullado e irascible, golpeando con el puño el mostrador de la compañía y voceando su nombre, exigiendo atención, insistiendo en que debían darle una plaza en el siguiente vuelo; era famoso por la violencia de su carácter. La recorrió un temblor de excitación. La única cara que conocía de él era la del recorte de periódico, con su sonrisa juvenil. Sería una persona colérica, quizás también asustada; a lo mejor le ofrecía dinero; a lo mejor incluso la amenazaba. Pero ella no tenía miedo. La perspectiva de enfrentarse a la rabia de él, a sus amenazas, no la alarmaba; por el contrario, la llenaba de calma, como si estuviera volando, como suspendida en el aire firme, inalcanzable, fuera de todo peligro. ¿Qué quería de él? No lo sabía. Había algo que desear, desde luego, lo sentía en su fuero interno, como una angustia vaga y no desagradable; era la sensación, imaginaba, de quien acaba de quedarse embarazada. Tenía en sus manos el destino de aquel hombre; le había descubierto. Sí, vendría, de eso estaba segura.

Fue después de la medianoche cuando por fin llegué a la ciudad. Los vuelos habían salido con retraso, había perdido algunos enlaces y la limusina que debía recogerme en el aeropuerto no estaba, pues el chófer se había cansado de esperar y se había ido. Luego me dijeron que la maleta no había llegado, y que debían de haberla enviado a otro lugar. En el mostrador de equipajes extraviados, un empleado de tez morena, con la gorra echada hacia atrás y un cigarrillo apagado detrás de la oreja, fingió no entender mi italiano —que, podría haberle dicho, aprendí de Dante—, a continuación se encogió de hombros, dijo que la maleta podía estar en cualquier parte y me entregó un fajo de impresos incomprensibles para que los llenara. Le arrojé los papeles a la cara, y durante un instante horriblemente estremecedor, me pareció, por la truculenta manera en que arrugó el entrecejo ya arrugado y me miró ceñudo, que podía ponerse violento, y di un paso hacia atrás y esgrimí mi bastón a la defensiva. No obstante, él se limitó a encogerse de hombros y se puso a farfullar por teléfono, me dijo que vendría alguien y me dio la espalda con desprecio. Esperé un poco más. Echando chispas, recorrió arriba y abajo la zona de llegadas, pasando por entre el tropel de turistas, familias ruidosas, hombres de negocios que se daban muchos aires, con sus finos maletines y sus zapatos demasiado relucientes y con borla. Al poco llegó una joven uniformada de la compañía aérea, y me dijo, con una risita musical, que sí, que el equipaje del *Professore* estaba en otro destino, pero

que en breve lo recuperarían y me lo mandarían al hotel. Tenía un busto imponente, un poco de bigotillo y unos ojos desagradablemente saltones, y me recordó a una celebrada diva operística de los años de posguerra cuyo nombre ahora no recuerdo. Renegué, ella parpadeó a toda prisa y esbozó una sonrisa inexpresiva, pensando quizás que no me había entendido bien. Salió a buscarme un taxi, que a una asombrosa velocidad —siempre se me olvida cómo conducen aquí— me llevó a través de la noche húmeda rumbo a la ciudad, donde los últimos habitantes del sábado noche aún se paseaban bajo las arcadas de piedra.

En el hotel resultó que mi habitación estaba ocupada. Fingieron no tener constancia de mi reserva, pero por la mirada evasiva y ausente del anciano calvo que había en la recepción supe que era mentira. Levanté la cabeza, me puse a amenazar, aporreé el suelo del vestíbulo con mi bastón. Vino el encargado, un dandi envejecido, ridículamente apuesto y fornido, de piel caoba y pelo reluciente, con un pecho hinchado de tenor heroico —todo su negocio se estaba convirtiendo en una *opera buffa*—, y avanzó hacia mí, sonriendo de manera empalagosa, las manos extendidas, y me aseguró que todo se arreglaría, todo estaría a punto, en un momentito, que tuviera paciencia. De modo que me dirigí al bar, desierto, y me senté en una butaca de cuero que gimió, bajo la rencorosa mirada de un barman cansado, y bebí demasiado vino tinto, y cuando al final me llevaron a mi habitación, en el quinto piso, una celda marrón separada de la siguiente por un tabique, y un retrete pelado en un rincón, estaba demasiado achispado como para seguir quejándome. A pesar del agotamiento y de lo tarde que era, decidí que debía hablar de inmediato, enseguida, *ahora*, con la mujer que me había enviado la carta, mi misteriosa némesis, e incluso llamé a la centralita y dije que me pusieran con Amberes, pero a continuación me lo pensé mejor —me habría puesto a chillarle de inmediato— y colgué y me metí en la cama, con los ojos inflamados y sin bañarme, con la misma ropa interior de cuando emprendí el viaje, hacía media eternidad de eso.

Pasé mala noche; la cama, como tantas otras camas de hotel, era demasiado pequeña para mí y mi pierna rígida, y una y otra vez me despertaban los ruidos de fuera, bocinas de coche y motos aceleradas y jóvenes que se gritaban de un lado al otro de la calle. A eso del alba menguó el estruendo y conseguí dormirme, asaltado por sueños violentos. Me desperté temprano, sudando alcohol, el cerebro palpitándome, y me levanté y fui trastabillando hasta la ventana, y abrí de par en par las cortinas y entrecerré los ojos entre los edificios que apuntaban al denso y cerúleo cielo de Europa.

Después de desayunar, con renovadas disculpas y mucho cuento, me trasladaron a una gran suite del tercer piso, más saludable. Las habitaciones eran espaciosas y frescas, con suelos de mármol negro, de tersura sedosa. Mi maleta recuperada estaba al pie de la cama, con un gesto avergonzado. Siento debilidad por las habitaciones de hotel, ese aire que tienen de anonimato hermético, la sensación de estar completamente apartado del mundo, el eco casi audible de susurros y respiraciones contenidas y mujeres que lloran en un arrebato de desamparo. Inmerso en un baño a mitad de mañana, concebí una imagen de la señorita Némesis: una vieja virgen reseca con talones recorridos de venas azules y gafas colgando del cuello, y en la boca un abanico de finas arrugas grabadas en un labio superior con bigote, amargada e insatisfecha por la pérdida de su juventud, cuando llevaba pantalones sport y fumaba cigarrillos y escribió una tesis sobre las ideas políticas de Wordsworth o el ateísmo de Shelley que escandalizó e impresionó a su tutor en Girton o a las intelectualillas de Bryn Mawr<sup>[1]</sup>. Seguramente sería fácil tratar con ella. Primero haría uso de mi encanto, luego pasaría a las amenazas; si todo fallaba, la llevaría a la cima de la Mole Antonelliana y la empujaría al vacío. Con la risa me puse a toser, y sentí que mis pulmones consumidos por el tabaco temblaban en la caja torácica como globos pesados y húmedos, a medio hinchar, y el agua que me rodeaba inició un fuerte oleaje y casi se derrama. Mi pitillera, otra baratija sustraída del pasado, estaba a mi lado, en la jabonera.

Encendí un cigarrillo, y unos pequeños copos de ceniza caliente silbaron a mi alrededor en el agua. Nada como llenarse bien los pulmones de humo para aplacar una tos matinal.

Salí de la bañera entre una cascada de espuma y de inmediato me golpeé el codo contra el borde de un estante de cristal. Aquel nuevo dolor despertó un eco en la rodilla que me había magullado el día anterior en el taxi, al cruzar el puente. Yo no encajo bien en el mundo, no es de mi medida; soy demasiado alto, demasiado ancho, demasiado pesado para la escala común de las cosas. No me jacto, todo lo contrario; mi excesivo tamaño siempre me ha resultado una molestia, algo embarazoso. Ante mí, en el cristal empañado del espejo que llegaba hasta el suelo del baño, apareció mi reflejo, pálido y escudriñador. Entré en el dormitorio y me quedé junto a la ventana, mirando el desfiladero en sombras de la calle, aún masajeándome el codo magullado. Pasó un autobús, coches, gente en escorzo. En la esquina, donde doblaba un bloque en ángulo de sol mantecoso, una mujer que vendía flores levantó los ojos y pareció verme..., ¿era eso posible, a esa distancia? Menuda imagen debía de componer yo allí arriba, suspendido tras el cristal, un serafín grotesco, enorme, desnudo, anciano. Levanté una mano, la palma plana hacia delante, en un saludo solemne, pero la florista no respondió.

Casi antes de saber lo que estaba haciendo, descolgué el teléfono y pedí que me pusieran con el número de Amberes. Mientras esperaba me oí respirar en el auricular, como si estuviera colocado detrás de mí. Mojado aún por el baño, goteaba sobre el suelo de mármol, y en esa superficie vagamente reluciente pude ver otro pálido reflejo de mí mismo, esta vez en contrapicado, como ese retrato del Cristo muerto que parece de bronce, pintado por ese como-se-llame, en el que en primer plano están los pies, luego las pantorrillas, las rodillas y los genitales que cuelgan, la tripa y el pecho enorme, y por encima de todo el aura del pelo alborotado y la cara sin rasgos mirando hacia abajo.

Respondió al primer timbrazo. Casi no sabía qué decirle; no se me había ocurrido que la encontraría enseguida, sin más; había previsto demoras, obstáculos, evasivas. Sí, dijo, soy yo. No pude identificar su acento; no era inglés, y sin embargo era una angloparlante. Algo en su voz me indicó que no estaba haciendo nada, nada de nada, solo aguardando mi llamada. Imaginé la escena, la precaria habitación de un hotel barato, la luz de una mañana de primavera en el norte, del color de un empleando de buhardilla en el que se refleja el sol, y ella, sentada a un lado de la cama, con la cabeza gacha y las manos viejas y artríticas juntas en el regazo, esperando durante largas horas, escuchando el silencio, deseando que se rompa con el estruendo del teléfono. Hablaba con comedimiento y sensatez, con reticencia, racionando las palabras; ¿había alguien con ella, oyendo lo que decía? No, estaba sola, no me cabía duda de ello. Le dije que debía venir ella, pues yo no iría hasta allí, y siguió una larga pausa. A continuación dijo que estaba la cuestión del pasaje; el viaje en tren era caro, y muy largo. Entonces fui yo quien dejó que el silencio se alargara. ¿Es que se creía que iba a pagarle para que viniera a arruinarle la vida? Pero no dije nada. Muy bien, dijo ella al fin, tomaría el expreso nocturno y llegaría por la mañana, y sin decir más, aunque sin prisas, colgó. Sentí un escalofrío; el agua del baño se había secado y había dejado mi piel tensa y helada. Las manos también me temblaban, un poco, pero no por la humedad ni el frío.

Me vestí, con impaciencia, como siempre ahora. Con los años encuentro esos necesarios rituales matinales cada vez más irritantes. ¿Para quién me estaba poniendo esa camisa, ese traje de lino, esa corbata demasiado corta y demasiado ancha en el extremo, con la que parecía, como podía ver en el espejo, llevar la lengua colgando? Los viejos deberían tener un atavío especial, una especie de hábito de monje, sencillo y funcional, y que, de manera muy adecuada, fuera un presagio de la mortaja. Me pasé los dedos por los cabellos agostados de mi pelo revuelto, sin ningún efecto visible; nunca quise dejarme crecer el pelo de ese modo, sobre todo

cuando comenzaba a volverse blanco, pero tuve la impresión de que era lo que se esperaba de mí, el famoso Mainjeerr derr Professor de ese Viejo Continente caduco y bárbaro. De pronto, como un golpe flojo, me llegó un recuerdo de la infancia, mi madre mojándose la punta del dedo y alisándome la coma de pelo rebelde de la coronilla, que siempre, un momento después, volvía a alzarse como un resorte. También recordé el curiosamente voluptuoso temblor de asco que experimentaba cuando mi madre me ayudaba a ponerme alguna prenda nueva, una camisa, unos pantalones cortos o un acartonado traje de marinero azul y blanco con la etiqueta de cartón aún colgando de un ojal. ¿Por qué era tan reacio? ¿Por un exceso de intimidad con mi madre, que se ponía unos polvos faciales con olor a crisantemo, bajo cuyo olor detectaba yo una mezcla de olores más íntimos y excitantes? No, no es eso, creo; seguramente ese retraimiento procedía de tener una conciencia excesiva de mi propio cuerpo, de darme cuenta, de una manera repentina y espantosa, de estar atrapado dentro de esta armadura de carne y hueso, como una crisálida empotrada en la almáciga endurecida de su capullo. De nuevo, inmediatamente, venía la pregunta: ¿Qué yo? ¿Qué pegajoso imago me imaginaba tener dentro, o imagino tener dentro todavía, esforzándose por salir y extender sus maravillosas alas llenas de ojos?

El ascensor era un trasto anticuado y ruidoso, y al verlo se pulsó otra cuerda vagamente nostálgica en un remoto rincón de mi memoria. Oí llegar el ascensor desde arriba, deteniéndose en cada planta y abriendo sus puertas con un ruido de metal aplastado, como si sucesivos brazados de perchas de alambre fueran aplastados entre unas gigantescas garras de acero. Cuando llegó, sin embargo, no había nadie dentro. El vestíbulo también estaba vacío, y nadie atendía la recepción. A través de una puerta parcialmente abierta que había detrás del mostrador espié al encargado de la noche anterior, que comía un sándwich, sentado y encorvado en una esquina de la mesa sobre la que había una máquina de escribir y desordenados montones de papeles. Iba sin

corbata, con las mangas de la camisa blanca arremangadas y el cuello desabrochado, por el que asomaba un triángulo peludo de su pecho abultado. Me pregunté si, ahora que se había quitado el disfraz, era más él mismo o menos. Se disponía a comerse el sándwich con la concentrada ferocidad de un perro al que no han dado de comer en días. Cuando me vio mirando no me reconoció, me puso mala cara, la mandíbula no dejó de masticar, y se inclinó hacia un lado y con el pie cerró la puerta. Estaba a punto de seguir andando cuando surgió ante mis ojos, de manera espontánea, la imagen de la taza de café, la que había dejado sobre la mesa de la sala cuando llegó el taxi que me llevó al aeropuerto. La vi todo el rato mientras me alejaba, sobre lo que era ahora la cara oscura del mundo, el borde marcado con una media luna reseca dejada por mi encía matinal, los restos de café transformándose en un anillo de polvo marrón en el fondo, un objeto entre todos los demás objetos mudos e inmóviles que había dejado detrás de mí en la casa cerrada, y me vino a la mente, con una inexplicable pero absoluta certidumbre, la idea de que nunca volvería a esa casa. Afectado, me tambaleé, y puse una mano en el mostrador para sujetarme. Un empleado salió de la oficina y me miró. Para disimular ese malestar momentáneo pedí un mapa de la ciudad, y el empleado abrió uno sobre el mostrador, y haciendo ostentación de una diligencia forzada —¿por qué esta gente siempre te mira oblicuo con esa expresión ausente y aburrida justo antes de hablar?— comenzó a indicarme en él dónde se encontraba el hotel. ¡Sí, sí, dije, sabía dónde estaba! Le arranqué el mapa de las manos y sin plegarlo me lo metí en el bolsillo, crucé las puertas de cristal y bajé las escaleras girando sobre el bastón a modo de sacacorchos hasta la calle alta y estrecha.

¿Qué significaba eso de que no volvería? ¿Iba a morir aquí, en esta ciudad? No soy supersticioso, no creo en premoniciones, y sin embargo ahí estaba, la convicción —no, el saber— de que nunca volvería a casa. Pero a continuación me dije: ¿A casa? Recorrió la calle pasmado, confuso, alarmado, en aquella atmósfera poco

familiar, oliendo los olores poco familiares de la ciudad. En el rincón soleado me encontré con la florista. Estaba sentada junto a su puesto, sobre un taburete plegable de tela. Era extranjera, otra refugiada, conjeturé, esta vez no rusa, sino una nativa de una de esas nacioncillas apretujadas como rocas de basalto —aunque ahora se estaban desmoronando rápidamente— entre las placas continentales del este y el oeste. Tenía la piel caqui, de un matiz apagado, y me pareció que iba vestida de gitana, con pulseras y muchos anillos baratos, y con un pañuelo para la cabeza de vivos colores ceñido con un nudo bajo la barbilla. Era joven, no más de treinta años, me dije, pero tenía cara de anciana, afilada y transida. Hablaba sola, deprisa, con un sonsonete murmurado y rítmico, una suerte de gemido atrofiado de súplica y queja. Experimenté una sacudida, como cuando pones el pie en el inexistente peldaño superior de una escalera en la oscuridad, al comprobar, por la vacuidad empañada de sus ojos, que era ciega. No obstante, enseguida percibió mi presencia, y sacó un ramillete de lirios de los valles del puesto y me lo ofreció, y su gemido se intensificó hasta convertirse en un ruego lastimero, aunque curiosamente nada apremiante, casi indiferente. Saqué un billete de un valor absurdamente enorme, y ella tendió una mano delgada color marrón hoja y lo cogió, y se apresuró a esconderlo en un recóndito rincón de su canesú con abalorios. Esperé el cambio, pero no llegó. Se sentó y siguió lamentándose como antes, al parecer como si yo ya no existiera, meciéndose en su taburete. Solo entonces me di cuenta de que se hallaba en un avanzado estado de gestación. Detrás de mí pasó un tranvía amarillo y negro, escupiendo chispas grandes, suaves y fofas de la conexión al cable eléctrico y haciendo temblar la acera. Encorvándome para protegerme de toda esa fuerza y estruendo me di media vuelta y anduve deprisa.

Me metí en el primer café que encontré y me senté a una mesa lo más alejada posible de la entrada, como si me escondiera de un perseguidor. Tenía el labio superior mojado de sudor, y el corazón me saltaba de un lado a otro como un despertador de dibujos

animados. ¿Qué me pasaba, por qué ese encuentro me había alterado? Recordé a un anciano de París, un pariente lejano por parte de madre, en su apartamento frío y húmedo del Marais, colocándome puñados de francos en las dos manos y recitándome los nombres de las personas que podían ayudarme en Lisboa, Londres, Nueva York, salmodiándolos una y otra vez en un apremiante murmullo, como si fueran los versículos del Pentateuco. Incluso ahora, medio siglo después, recuerdo un número sorprendente de esos nombres..., solo los nombres, claro está, pues por supuesto ni me acerqué a esas personas. Probablemente ya estarían todos muertos, y sus hijos serían adultos, abogados o médicos o peces gordos del ramo de los seguros, a quienes tanto les daría quién era yo, ni qué había hecho con mi vida, ni por qué, sin razón alguna, engañé a ese anciano del Marais diciéndole que era alguien que en realidad no era. Levanté mi taza de café con una mano que volvía a temblar y pretendí apagar los recuerdos que brotaban de la lobreguez del pasado. *Lo extraordinario no es que recordemos, sino que olvidemos...*, ¿quién dijo eso? Miré a mi alrededor, la recargada parafernalia del café, los candelabros, las panzudas cafeteras, la reluciente espita de cobre de la barra, de la que fluía un constante y ondulante hilo de agua. Había pocos clientes: un anciano jadeante con un perro jadeante, una mujer con un complicado sombrero que comía pastas, y un tipo de pelo color zanahoria y pinta de payaso que vestía un blazer a cuadros chillón que le sentaba mal y una camisa de un vivo amarillo, con el cuello sucio y ancho, que llevaba por encima de las solapas del blazer, y que no dejaba de mirar furtivamente en mi dirección con un leve gesto malicioso y esquivo. Junto a la puerta merodeaban tres camareros de corbata negra, que intercambiaban miradas desganadas y se miraban las punteras de sus zapatos de charol. Por un momento, de manera insólita, y sin ninguna razón que pudiera adivinar, todo pareció detenerse, como si el corazón del mundo hubiera dejado de latir. ¿Así será la muerte, una grieta en el flujo del tiempo a través de la cual me deslizaré ligero como una

carta que cae con un susurro en el oscuro y misterioso interior de un buzón? Pagué la cuenta, me levanté repentinamente y me dirigí a la puerta, de nuevo como si huyera de alguien, y tuve la sensación, como tantas otras veces en momentos de precipitación, de haber dejado a alguien atrás, y me dije que si ahora volvía la cabeza, vería una burda parodia de mí mismo despatarrado en la silla en la que había estado sentado, una marioneta tullida, de tamaño natural, las manos colgando y las extremidades torcidas, con una sonrisa inexpresiva dirigida al techo.

La puerta, alta y pesada, se me resistía, y tuve que aplicar todo mi peso para abrirla. A mi espalda oí unos pasos veloces, y en el cristal biselado y golpeado por el sol de la puerta vi el reflejo de una cara sonriente que aparecía tras de mí. Era el tipo de pelo color zanahoria, el que me había estado mirando mientras bebía café. Me volví para encararle, y la puerta osciló hacia atrás sobre su muelle rígido y me dio en el hombro, y me habría arrojado de cabeza sobre las mesas, las sillas y las piernas de los camareros si Pelo de Zanahoria no me hubiera agarrado por el codo —naturalmente, el que me había magullado con el estante del baño— y me hubiera ayudado a mantener el equilibrio. Tenía la cara grande, redonda, de un color subido, con varios grupillos de pelos anaranjados en las mejillas y la barbilla que relucían a la luz del sol que atravesaba el cristal. El horrible blazer le estaba demasiado grande, al igual que los pantalones, y llevaba un par de zapatillas de lona que antaño fueron blancas, de cordones sucios y gruesas suelas de goma, que no casaban nada con su atuendo. Asintió y me lanzó otra mirada maliciosa, y dijo algo en lo que pareció un dialecto. Con una sacudida me desembaracé de esa mano insistente e insinuante —no fue fácil—, di un paso adelante y solté la puerta con la esperanza de que le diera en la cara a mi perseguidor, pero él la evitó con agilidad y me siguió a la calle, sin abandonar su incomprensible parloteo. La única palabra que pude entender sonaba algo así como *signore*, que repetía una y otra vez con desconcertante énfasis, mientras asentía de manera vehemente y señalaba su propia cara.

Aparté la mirada de él y eché a andar por el alto corredor de la arcada todo lo deprisa que me permitían mi pierna mala y las desiguales losas del pavimento, con la mirada furiosamente al frente. Pero Pelo de Zanahoria no me dejaba ir, seguía trotando a mi lado sin desmoralizarse, aún perorando, y girando el tronco hacia delante para colocar su cara ante la mía. Y así caminamos bajo las arcadas de piedra, a través de cambiantes intensidades de luz y sombra, observados por transeúntes que nos miraban socarrones, hasta que en un cruce, junto a un tenderete de libros de segunda mano, me detuve de pronto, di un paso a un lado y levanté mi bastón, esgrimido por una mano blanca y temblorosa, y Pelo de Zanahoria por fin retrocedió, frunciendo los labios y negando con la cabeza, con una sonrisa apesadumbrada y levantando un par de manos de palmas vacías para aplacarme.

Salí de las sombras y me adentré en la larga plaza, me detuve un momento, respirando con dificultad, esperando a que mi cólera y mi malestar se aplacaran, todavía preguntándome qué podía querer ese individuo. Con una mirada fría repasé lo que las guías de viajes llamarían el panorama: las fachadas estilo pastel de boda, el jinete de bronce desenfundando la espada, las famosas iglesias gemelas de la otra punta de la plaza, todo bañado en una neblina soleada y meliflua. Esta ciudad no me parece ni más atractiva ni más interesante que otras que he conocido. Trajes típicos, leyendas, historias de sucesos y personajes pintorescos, todo eso me deja frío; en particular, lo pintoresco me repugna. Nada me importa qué batallas ganó o perdió Manuel Filiberto, ni dónde le gustaba cenar a Cavour. La historia es un batiburrillo de anécdotas, ni verdaderas ni falsas, ¿y qué más da dónde se supone que tuvieron lugar? Cómo he despreciado a los novelistas cuyas lamentables novelas me vi obligado, para mi desgracia, a enseñar a mis alumnos en los primeros años de mi carrera, y me refiero a esos adoradores septentrionales del sur empapado de sol, esos que se

autodenominan paganos —farsantes y exiliados que viven a costa de lo que les envían de su país—, cuyas escenas siempre estaban ambientadas en islas que olían a tomillo, o en aldeas situadas en lo alto de un otero sombreado de pinos, o en un cálido y húmedo puerto de un olvidado rincón del Mediterráneo, donde el héroe y su amante de ojos azabache compartían su cena de despedida en un pequeño restaurante situado al final de una calle secundaria del puerto en la que los turistas jamás se aventuraban, las anchoas y las aceitunas amargas y el áspero vino del lugar, y la mujer del encargado del restaurante canturreando algo triste, los árabes pidiendo dinero por la calle, y el perro al que le falta una pata royendo los restos de carne de un hueso, y el viejo poeta de la mesa de al lado echando el bofe sobre una última absenta. Como si el lugar significara algo; como si el hallarse en algún lugar exótico y lleno de vida asegurara una automática intensificación de la existencia. No: dadme un trozo de tierra anónimo, con asfalto, y una hoguera de petróleo medio consumida, y borrosas fábricas a lo lejos, un no lugar apesado, sin nada, en el que pueda sentirme a salvo, donde pueda sentirme como en casa, si es que alguna vez me he sentido como en casa en alguna parte.

Seguí andando. Un flujo de coches cruzaba velozmente la plaza, separándose en dos canales para rodear el pedestal del jinete de bronce, encontrándose y mezclándose de nuevo en un cacofónico caos al otro lado. Una nube gruesa que apenas se movía, de color gris masilla y con un reborde de luminosa plata, engullía el sol a hurtadillas. Una paloma aterrizó delante de mí, descendiendo en un torpe batir de alas, y pareció una rápida sucesión de test de manchas de tinta gris violeta. De nuevo di media vuelta y me alejé de la plaza, y recorri calles cada vez más estrechas, adoquinadas, hasta que sin previo aviso aparecí en una amplia avenida flanqueada a ambos lados de nogales en flor. Ahí podía respirar mejor. Mientras pasaba por debajo del primer dosel de flores, ancho, alto y fresco, se me ocurrió preguntarme cuándo un árbol es más él mismo, cuándo siente que ha alcanzado más plenamente su

verdadera esencia. Quiero decir si tiene capacidad de sentir —¿y quién sabe si somos nosotros las únicas criaturas con conciencia, o que no existen otro tipo de conciencias aparte de la nuestra?—, en qué fase de su ciclo vital diría: ahora, *ahora soy lo que soy*, ahora he alcanzado por fin mi total arboreidad. ¿Será en el primer verdear de la primavera, en el esplendor rebosante de hojas de junio, en el rojo otoñal, o quizás en la nudosa desnudez del invierno? Y vivir ese ciclo vital dentro de otro ciclo —uno es el que va del retoño a la desnudez, el otro, el más largo, desde arbolillo hasta tocón hueco—, eso también debe de resultar confuso. ¿Sentiría la caída de las hojas como una muerte incipiente, cada año? ¿Sería la primavera como un renacimiento? Mientras pensaba todo eso, en ese crepúsculo verde de mediodía, oí, o percibí más bien, un resonante estallido, como si en la distancia una gran plancha de metal maleable hubiera recibido el impacto de un enorme y blando martillo. ¿Un trueno? No me lo pareció. ¿El ruido de un avión? ¿Un disparo de cañón, quizás, que señalaba que era mediodía? Fuera lo que fuera, me inquietó. Aceleré el paso, virando rumbo al hotel.

Al poco me di cuenta de que me había perdido, y tuve que detenerme en una esquina para consultar el plano arrugado que me había dado el empleado del hotel. Buscaba con los ojos entrecerrados el nombre de la calle cuando detecté a una chica en la esquina opuesta, mirando en dirección a mí. Era más bien alta, rubia, ni fea ni guapa; no me habría fijado en ella de no figurarme que me observaba con una sonrisa, cómplice, no hostil, como si fuera alguien que hubiera conocido mucho tiempo atrás en circunstancias un tanto vergonzosas. Cruzó la calle, pasando entre dos coches aparcados, muy pegados el uno al otro. ¿Se disponía a abordarme? La perspectiva hizo que se me acelerara el pulso, y no supe si esperarla o marcharme. ¿Quién era toda esa gente, la florista, Pelo de Zanahoria, ahora esta chica, y qué querían de mí? La furgoneta ya había frenado, los neumáticos inmóviles y chirriantes, cuando la golpeó. Tuve la sensación de que giraba sobre los talones, la cabeza echada hacia atrás y el pelo flotando,

veloz y con la grácil tensión de una bailarina. Hubo un grito, pero no de ella. Un hombre robusto y de pelo gris, que estaba detrás de ella en la acera, levantó un brazo y dijo algo reprobatorio en voz alta, con un profundo timbre de bajo. Los vehículos chirriaron y se colocaron a un lado, a derecha e izquierda, mientras la furgoneta seguía calle abajo por el centro unos veinte metros antes de detenerse con un brusco giro, entre una humareda. La muchacha había caído hacia atrás, y estaba tirada sobre el lateral de uno de los coches aparcados, con los brazos en cruz. Tenía sangre en el pelo, y un reguero de sangre, reluciente y de aspecto inocente, le salía del oído izquierdo. El hombre grande que había levantado el brazo se acercó a ella corriendo con las piernas arqueadas, pero antes de que pudiera alcanzarla, la chica se deslizó repentinamente hacia el suelo, como si de pronto todo su interior se hubiera licuado, y se convirtió en una masa sin huesos. Ahora llegaba corriendo más gente, y otros se apeaban del coche y estiraban el cuello para ver qué pasaba. Me di la vuelta y avancé tambaleándome, sin importarme qué dirección tomaba, siempre y cuando me alejara de allí. Todos me empujaban, todos querían ver a la chica caída, con un ceño vago, impaciente, altruista. Yo estaba en un estado de pánico, resollaba, el sudor me caía en los ojos, y sentía un dolor profundo y ardiente en la entrepierna. No sabía de qué estaba huyendo; no de la muerte de la chica, desde luego, o no solo de eso. A mi mente acudió una imagen a medio formar —¿era del Bosco, de Dante?—, la de una figura demacrada, boquiabierta, encorvada y desnuda, que corre con los brazos levantados a través de un paisaje de tierra roja y ardiente y transporta otra figura, su propio doble, atada fuertemente, espalda con espalda. Al final llegué a la calma de una placita apartada, con adoquines y más palomas pavoneándose y un trozo de césped polvoriento, todo ello bajo la mirada amenazante de la fachada barroca e imponente de un palacio, cuyo nombre sabía que debería conocer, pero no lo recordaba. Incapaz de seguir avanzando, me dejé caer sobre un banco de mármol lustroso. No se veía a nadie. La marea de letargia de mediodía había caído sobre la

ciudad. La lenta nube ahora oscurecía el sol, y la atmósfera, gris y acogedora, y el silencio calmaron mis nervios a flor de piel. El dolor de mi entrepierna remitió.

¿Por qué estaba tan alterado? No era la primera escena violenta que presenciaba. ¿Era porque se trataba de otra de las despiadadas demostraciones de la muerte, para que sepamos que ni siquiera los jóvenes son inmunes a sus caprichosas elecciones? No, eso es demasiado confuso. Quizás se debía simplemente a que la muchacha parecía mirarme, parecía conocerme o reconocerme, incluso a lo mejor estaba a punto de hablarme. Pero ¿por qué eso debería hacer que el encuentro, si así podía llamársele, fuera tan perturbador? En algunos círculos, cierto que escasos, mi cara es muy conocida. Estoy acostumbrado a que los desconocidos me reconozcan. Se detienen, sobre todo los jóvenes, y me miran, con timidez o resentimiento, o, más habitualmente, me dirigen una mirada lenta, obtusa, estúpida, como si no vieran mi verdadero yo, sino una representación de mí, una reproducción animada erigida para su libre y exclusivo escrutinio. ¿Por qué, pues, la atención de esa chica me provocó ganas de dar media vuelta? Pero ah, lo sabía, claro que sabía por qué estaba tan alterado: no era en la chica en quien estaba pensando, sino en Magda. Cuando estaba viva apenas se puede decir que pensara en ella, mientras que ahora ocupaba constantemente mi pensamiento, aunque solo fuera como una sombra, el espectador solitario sentado en los bancos que hay sobre la pista iluminada, donde la actuación aparatoso y cada vez más caótica de quién y qué pretendo ser se lleva a cabo sin interrupción. Ella permanece allí, un fantasma a regañadientes, que quizás desea marcharse, aunque también siente curiosidad por ver el espectacular final, con sus payasos dando volteretas y sus acróbatas haciendo reverencias y los animales amaestrados dando la última vuelta a la pista. Solo en la muerte ha comenzado Magda a vivir, para mí, plenamente.

Es raro, pero por mucho que lo intento soy incapaz de recordar cómo ni cuándo nos conocimos. En mi recuerdo, aquella primera y

remota época en un Nueva York irrealmente vívido es todo prisas y ruido y un deprimente calor. Incluso cuando estoy en medio de la calle me siento atrapado dentro de una fábrica enorme, humeante y ensordecadora. Todo estaba siempre en movimiento, nunca había un segundo de calma o cesación. El tráfico circulaba día y noche por las calles, por encima del sótano que hacía esquina donde me alojaba; los papeles que había sobre la vieja mesa llena de cicatrices que me servía de escritorio temblaban y volaban a causa de la brisa de un ventilador eléctrico que algún conocido me había regalado, mientras volvía despacio su cara borrosa y su máscara de esgrimista a un lado y a otro, negándose tercamente a aliviarme. Durante todo el día, una confusión de piernas sin cuerpo pasaba en una u otra dirección sobre la acera, y las veía por la ventana que, a nivel del suelo, había sobre mi mesa, como si fuera una algarada, o un maratón de baile desordenado que nunca se acababa. Y luego estaban las voces, incesantes, estridentes, oclusivas de desafío o hinchadas con repentinamente declaraciones de sinceridad y camaradería. Me los encontraba al final de su jornada de trabajo —en aquella época *trabajo* era una de las palabras sagradas, pronunciada con un entrecortado sobrecogimiento—: el joven escuálido y sus camisas abiertas, con el pelo cortado a lo cepillo y su mechero Zippo, transpirando seriedad; las chicas de mirada seria, con faldas que les llegaban a medio muslo y zapatillas de baile, que apretaban contra su pecho, como si fueran armaduras, ejemplares de bolsillo de *El capital*. La cerveza clara y dulzona, el humo del cigarrillo consumido, las repentinamente riñas enseguida sofocadas, los gritos y los dedos agresivos, y ese gesto de rechazo medio enojado ante una opinión adversa, tan característicos del momento y el lugar, ese sopapo al aire de refilón, con la muñeca suelta y la cara vuelta a un lado, con la nariz arrugada y el labio inferior caído: *¡Puaj!* Todo eso me resultaba intensamente extraño, pero también familiar, al principio no entendía por qué, hasta que me di cuenta de que lo había visto una y otra vez, durante años, en el cine, cada sábado por la noche, cuando era joven. Los Estados

Unidos, en la pantalla, me habían resultado mucho más familiares que las calles de la ciudad donde nací y viví. Y así, en Nueva York, el Nueva York real, fue como escogí presentarme, como un personaje salido de las películas, un grueso cigarrillo prendido en los labios y un vaso de bourbon en la mano. E incluso lo acompañaba con el vestuario completo: sombrero flexible marrón, terno ajustado y zapatos de dos colores. Oh, sí, menuda pinta tenía. El intelectual como un tipo duro, esa era la moda de la época. Lo único que me faltaba era una acompañante, una tía buena, disoluta y bebedora, y tan dura como se suponía que yo era. La gente se quedó de una pieza, sobre todo las chicas, cuando resultó que la mujer que elegí para ser mi chati, mi compañera, fue la dulce, callada e inexpresiva Magdalena.

Ya entonces, cuando aún estaba en la veintena, era una mujer voluminosa y pétrea, poseía una cualidad granítica, de un gris sin paliativos, que resultaba curiosamente atractivo, al menos para mí. Enseguida comprendí, nada más fijarme en ella, que se mantenía siempre en un segundo plano no por timidez o temor —aunque era tímida, tenía miedo—, sino a fin de poder observar y escuchar todo lo que ocurría desde el cobijo del anonimato. Era servicial hasta decir basta, hacía recados para los hombres y las mujeres más mandonas, les recogía libros, cajetillas de cigarrillos, sándwiches y café en vasos de plástico; aún la veo, con sus sandalias y su jersey de punto de ningún color en concreto, el pelo en gruesas trenzas, descendiendo las escaleras del sótano a su manera extraña y elefantina, bajando uno de sus anchos pies de lado hasta el escalón siguiente, y luego el otro hasta hacerle compañía al primero, la barbilla apretada contra el cuello pálido como un pescado y la mirada fija en cualquier cosa que llevara entre manos. Vivía en el Lower East Side —un nombre que en aquella época aún evocaba a mis oídos algo tan sugerente y exótico como Samarkanda o la Isla de los Bienaventurados—, con un fontanero, un polaco militante de aspecto simiesco, con un bigote a lo cepillo de revolucionario, de quien decían que le pegaba. Ella nunca hablaba de él, ni siquiera

cuando lo hubo dejado y vino a vivir a mi sótano, trayendo una botella de bourbon como regalo de mudanza y una maleta no muy grande que contenía todas sus posesiones. Una noche, ya tarde, el polaco se plantó en la calle, delante de la entrada, borracho y llorando de rabia, y se puso a gritar su nombre y a aporrear la puerta, y la habría emprendido a patadas con la ventana de no estar protegida con barrotes. Quise salir y echarle —ni mi pierna mala me hizo dudar, y habría sido perfectamente capaz de mandar a paseo a ese mono—, pero Magda lo impidió.

A Magda no le gustaba hablar de sí misma o de su vida; cuando mencionaba algún hecho del pasado su voz adquiría un tinte de perplejidad, como si lo que le hubiera ocurrido le hubiera ocurrido a otra persona y ella no entendiera por qué sabía tantos detalles. Tampoco sentía una gran curiosidad por lo que había sido mi vida antes de conocernos. Los demás, incluso nuestros conocidos más descarados, me miraban con una mezcla de asombro y respeto, casi con una sagrada reverencia: yo era lo auténtico, un verdadero superviviente, que había aparecido entre ellos saliendo del fuego y del humo de los hornos de la catástrofe europea, igual que cuando el monstruo de Frankenstein sale tambaleándose del molino en llamas. Para Magda, sin embargo, ella misma una superviviente, yo era simplemente Vander —ni siquiera me llamaba Axel; decía que ese nombre le sonaba a perro guardián—, un hombre como cualquier otro, más imprevisible, quizás, que los que ella solía tratar, potencialmente más violento incluso que el polaco, pero un hombre y nada más. No mencionaba de manera especial mi pierna renga ni mi ojo ciego, y aceptaba sin comentarios las bravuconas mentiras que yo le contaba acerca de cómo me había quedado así —me había enfrentado a una turba furiosa, un soldado nazi me había dado un golpe con la culata del fusil—, mentiras que había ensayado tanto que casi había llegado a creérmelas. Sin embargo, una sofocante mañana, temprano, me desperté y me la encontré inclinada sobre mí —nuestra cama era un colchón en el suelo—, con la cara grande y fofa apoyada en una mano, contemplándome

en un silencio solemne, los ojos muy abiertos. Durante un minuto ninguno de los dos se movió, y a continuación llevó la punta del dedo al párpado carnoso de mi ojo malo y murmuró: «Solo yo pude escapar para traerte la noticia»<sup>[2]</sup>, y se me erizaron los pelos de la nuca, como si acabara de hablar un oráculo. ¿Quién iba a esperar que Magda, esa Magda grande y lenta, de pies planos, nos saliera con algo tan grave, tan sonoro, tan bíblicamente adecuado a nuestro estado?

Mi vida con ella era una manera especial de estar solo. Era como vivir en la intimidad con una criatura de otra especie; me resultaba tan lejana e inaccesible como un gran herbívoro inofensivo. A veces pensaba que era una mujer sin ningún misterio, tan hueca como parecía, y otras me convencía de que ese aspecto de calma inamovible que exhibía era una máscara que había inventado, tras la cual se entregaba a frenéticas estrategias de cálculo y control, ensayando, al igual que yo, para un papel que no creía poder interpretar nunca de manera convincente. En el estado de mutua incomprendición que era nuestra vida juntos, nunca dejábamos de sorprendernos. Ella era una mujer alarmantemente culta, como pude descubrir, para mi vergüenza, durante los primeros días. Yo me había convertido en un experto en fingir gran erudición acerca de una amplia variedad de temas mediante el diestro empleo de ciertos conceptos clave, espiados de la obra de otros, pero a los que sabía dar un sesgo personal de mordacidad o intuición. En todo lo que escribía había una imperiosidad tensa y febril que emanaba directamente de la apurada situación vital en la que me había colocado; estaba elaborando una metodología de pensamiento a partir de los cruces y conflictos de mi intrincado, y en gran parte fabricado, pasado. Podía disertar con convincente familiaridad sobre textos que no había llegado a leer, filosofías que todavía no había estudiado, grandes hombres que no había conocido. Mi tono de escurridiza autoridad, como lo llamó un crítico con bastante torpeza, hipnotizaba al pequeño pero influyente círculo de críticos que degustaban y aprobaban mis primeras piezas. Aunque a lo mejor

ponían en duda mi comprensión de la teoría e incluso dudaban de mi erudición, todos se unían para aclamar mi dominio del lenguaje, el tono y timbre de mi voz singular; incluso mis críticos, que no eran pocos, solo podían echarse para atrás y observar con frustración cómo sus mejores arpones resbalaban al dar con el espléndido lustre de mi prosa. Eso les sorprendía tanto como a mí me agradaba; ¿cómo no veían, oculto tras de la osadía y jactancia de lo que yo escribía, al tembloroso autodidacta inclinado sobre su diccionario Webster, su *Manual de Chicago*, su *Gramática para extranjeros*? Quizás tomaban la manera estrafalaria de utilizar el idioma, en la que inevitablemente yo caía, por excentricidades intencionadas que, imaginaban, solo un dueño absoluto del lenguaje se permitiría.

No me malinterpretéis: no dudo de que hay en mí cierto genio. Solo que no es el que he fingido poseer todos estos años. A veces creo que me equivoqué de vocación, que podría haber sido un gran artista, un maestro dueño de una inmensa inventiva, astuto, alusivo, magistralmente iracundo, dado a arcanas referencias, críticos propósitos, un alquimista de la palabra y la imagen. De hecho, mis críticos se quejan a menudo del desolado lirismo de mi estilo maduro, y ven tras él la pálida mano del poeta. Estoy de acuerdo. El mío es un tipo de comentario en el que con frecuencia el comentario reclama el mismo rango que el que supuestamente posee su objeto; el mismo, si no superior. En mi estudio de Rilke, una de mis primeras obras, hay pasajes de extática intensidad que el propio poeta ebrio del mundo podría haber envidiado, mientras que esos largos ensayos sobre Kleist y Kafka, pertenecientes a la misma época, son tan desesperados e inconsolables como cualquiera de las piezas dramáticas o parábolas de esos dos hierofantes del desánimo. ¿Debo inclinarme ante esos gigantes? ¿Debo doblar la rodilla ante su eminencia? Maldito sea si lo hago. Me tengo en tanta consideración como cualquiera de ellos. Lo que me perturba es pensar en todo lo que podría haber hecho de haber sido

simplemente —si a tal cosa se la puede considerar simple— yo mismo.

Al parecer, Magda estaba tan impresionada como los demás, y tomaba mis poses y mis brillantes fingimientos en sentido literal. Si sabía que yo era un fraude, no parecía importarle; de hecho parecía admirarme, a su manera reservada, por mi valor y abundancia de recursos. Había una leve y peculiar sonrisa que a veces yo veía cruzar de manera fugaz su cara cuando me encontraba perorando ante un auditorio fascinado sobre algún texto al que, sabía ella, no le había echado más que un vistazo. Ella sí había leído a Hegel y Marx, y muchas otras cosas. Podía citar literalmente, pues tenía una memoria extraordinaria, aun cuando recordara muy poco de lo que podían significar los pasajes citados; llevaba su saber de todos esos titánicos pensadores como un miembro atrofiado, el equivalente intelectual de mi pierna inútil. Ella había estudiado con obediencia los textos revolucionarios a petición del polaco, pues él no era un gran lector, aunque estaba decidido a hacer que fueran la pareja perfecta del partido, él, el martillo del activismo, ella, la hoz de la ideología. Magda se encogía de hombros al contarme todo esto, y sonreía con ternura, como si recordara un juego de fantasías infantiles no del todo inocente. Sí, a su manera callada e intuitiva, era capaz de calarnos a todos. ¿Por qué la elegí por encima de las demás? ¿Por qué me eligió ella? ¿Era ella mi protectora, la guardiana de mi reputación prestada, hurtada? Me apesadumbra la idea de que esas preguntas ya nunca serán respondidas, al menos no por ella, desde luego.

Magda consideraba el pasado una suerte de enorme e inevitable error, toda una serie de comienzos equivocados que ahora, por fin, se habían enderezado. Si sentía la menor cólera por cuanto le había acontecido, esta no se dirigía a los que habían concebido el vasto proyecto de destrucción en el que ella se había visto atrapada y del que por los pelos había escapado con vida, sino hacia las víctimas de ese plan, hacia todos los que no habían escapado, incluso hacia sus perplejos padres, su hermana, que tanto se había jactado de su

morena belleza, su hermano pequeño, aferrado a su clarín de juguete mientras se lo llevaban. No es que ella los culpara por no resistir, o por ser unos desdichados, por estar confusos, por engañarse —antes de que la llevasen a empujones a los camiones, su madre le había estrujado la mano y le había hecho prometer que le escribiría—, sino por el simple hecho de haber existido, en primer lugar por haber estado allí, y en segundo por haber permitido que los alejaran de ella. No conservaba nada de su familia, ninguna fotografía, ningún documento, ni un rizo, solo sus recuerdos, y de buena gana habría renunciado a ellos de haber podido. Que fuera ella la única que había sobrevivido, y solo porque su nombre, sin que se supiera cómo, había desaparecido de las listas, era otra de las causas de su cólera perpleja y callada.

Llevábamos juntos ya varios meses cuando me contó todo eso. Un desapacible día de noviembre, ya avanzada la tarde, habíamos ido al cine —o a ver una peli, como aprendí a decir—, y nos habíamos refugiado del frío en una cafetería de la calle Bleecker cuando se puso a llorar, en silencio, casi pensativa. Habíamos visto un programa doble, y en el intermedio habían puesto un noticario con escenas de nuestra Europa en ruinas, y el ver aquellas interminables hileras de cadáveres había removido algo en su interior, y ahora se veía obligada a contarme lo que le había ocurrido. Sentado junto a ella mientras hablaba, me quedé inmóvil, casi sin atreverme a respirar; el puño, apoyado en la mesa junto a su mano, me pesaba tanto que me parecía que nunca podría levantarla. Sus recuerdos de la huida eran intermitentes, como flashes: las piedras angulosas y blancas en un sendero de montaña; masas de árboles oscuros que pasaban junto a ella, iluminados por los faros de un camión en el que iba escondida bajo unos sacos; un soldado adolescente, en algún polvoriento puesto fronterizo, que le ofrece una manzana que ha sacado del bolsillo de su guerrera. Era como si hubiese realizado ese viaje no en un tiempo lineal, sino en grandes saltos, de una parada a otra, entre las cuales había quedado eximida de estar consciente. Cuando acabó tuve que

contarle mi relato, claro, el protocolo de nuestra posición como supervivientes lo exigía. *Relato* es la palabra adecuada. Dejamos la cafetería y empezamos a caminar entre el frío glacial y el crepúsculo, y el tráfico pasaba a nuestro lado a través de la nieve derretida, como escombros transportados sobre un río por una lenta riada. Se inclinó pesadamente sobre mi brazo, un lastre. No quería oír lo que yo le contaba; estaba harta de oír cosas de esas; lamentaba la carga de su trágico destino, y del mío. A la luz de su renuencia, mi inventiva se crecía; nunca antes había elaborado mi relato de una manera tan convincente como esa noche, entretejiendo las mentiras con unos pocos hilos, finos y relucientes, de verdad, mientras los copos húmedos y blancos caían veloces a nuestro alrededor y los transeúntes encogidos y sin cara aparecían de pronto ante nosotros procedentes de la luz de las farolas para desaparecer enseguida en la oscuridad. No podía sino admirar mi propia actuación. ¡Menudo fabulador estaba hecho; menudo artista! Y nunca le conté la verdad, la auténtica, la completa, la vulgar.

En el cielo, muy por encima de mí, volví a oír esa hueca explosión que había oído antes en la avenida, bajo los nogales, y me desperté con una sacudida de mis ensueños. El día había aclarado, y el sol calentaba la plaza bajo un cielo blanco, compacto y sin nubes. De pronto me di cuenta de dónde estaba: fue allí donde N., en los meses anteriores a su crisis nerviosa, se alojó en una habitación en la pensión Fino, en la esquina que da a la imponente fachada del Palazzo Carignano —¡ese era el nombre!—, donde garabateó demenciales cartas que firmaba *Dionisio*, *El Crucificado*, *Nietzsche César*... Cerré los ojos y los apreté con el índice y el pulgar hasta que unas diminutas luces, como lejanos cohetes, comenzaron a estallar y a llamear en la oscuridad de detrás de los párpados. Estoy convencido de que mi ojo ciego funciona cuando está cerrado. Volví a ver, con la misma claridad que cuando ocurrió, cómo derrapaba la camioneta, cómo giraba la muchacha, al hombre del pelo gris levantando el brazo de aquella manera tan extraña y gritando, como para impedir que algún intruso desprevenido se

acercara a aquella escena de violencia y sangre. Abrí de nuevo los ojos y me puse en pie de manera vacilante, izándome con las dos manos apretadas en la empuñadura de mi bastón. Tenía calor; tenía sed; estaba cansado.

Cuando desperté, las cortinas volvían a estar corridas contra la luz del día, y me dije que aún estaba amaneciendo y que todo lo ocurrido desde mi llegada había sido un sueño. Me quedé inmóvil en la cama, contemplando los pliegues de sombra que, como gasa, me rodeaban, apresado por un confuso pánico. No entendía por qué iba vestido de traje y corbata; incluso llevaba los zapatos puestos, aunque los cordones estaban desanudados. Se me había dormido el brazo derecho, y sentía un cosquilleo desagradable ahora que la sangre comenzaba a circular de nuevo; me dolía el codo magullado. Poco a poco, la memoria empezó a encajar sus fragmentos. Me había bebido una botella de vino mientras almorzaba en el comedor del hotel y había subido a trompicones a mi habitación para descansar, y me había quedado dormido, derribado por el alcohol y las últimas ascuas de la agitación del viaje. Me puse en pie cautamente y me quedé sentado un momento a un lado de la cama con la cabeza inclinada. ¿Por qué había venido a esta ciudad? Estaba demasiado viejo y extenuado para viajar hasta tan lejos por puro capricho. Podría haber hecho que la redactora de esa carta viniera a verme a Arcadia, eso habría puesto a prueba su determinación. Me incorporé con un gruñido, entré en el cuarto de baño sin ventana y me quedé con una mueca de dolor, parpadeando en medio del zumbido de la luz blanca. Caspa, caries, la nariz con la gran marca de viruela del doctor Baloardo. Me lavé la boca; el agua del grifo sabía a estaño. Me miré amodorrado al espejo, agarrado al lavamanos, los hombros encorvados. En ese momento, al igual que tantas otras veces, tuve la sensación de apartarme ligeramente de mí mismo, como si me desenfocara y me escindiera en dos personas. Me pregunto si los demás sienten lo mismo que yo, que

me parece que nunca estoy del todo presente allí donde estoy, y no me veo como una persona tanto como una contingencia, desplazada y errante en el tiempo. Mi verdadero origen y destino están siempre en otra parte, aunque no sé cuál es exactamente esa otra parte; quizás en la infancia, esa edad donde todo es auténtico, y cuyas escenas puedo evocar con mayor viveza cuanto más me alejo de ellas en el tiempo. Una posibilidad banal. Pensamientos embotados en una mente embotada. Era el vino, el cansancio.

El taxi me esperaba a la puerta del hotel. Ya llegaba tarde, pero no me importaba; que esperasen. La ciudad, a aquella hora, a la luz de la tarde, me mostró un lado más agradable que el que había visto por la mañana. El sol, de un dorado blanquecino, golpeaba oblicuas las capotas de los coches y las cristaleras de los cafés. Pasamos bajo la Mole Antonelliana, absurda con sus formas de pagoda. Observé sin entusiasmo la riada cada vez mayor de estudiantes que caminaban por las calles, y al poco el promontorio de cemento gris de los edificios de la universidad apareció ante mis ojos. Cuando vi a Franco Bartoli en las escaleras, de puntillas y con el cuello estirado, mirando a su alrededor con un gesto de angustia, sentí el impulso de esconderme y decirle al taxista que pasara de largo. Volví a preguntarme amargamente por qué me había dado por volver a Turín, qué podía encontrar ahí excepto confrontación, desenmascaramiento, humillación. Me apeé del taxi y me volví para pagar, y con el rabillo del ojo vi a Bartoli trotando hacia mí feliz, ya hablando, aunque todavía no estaba lo bastante cerca para que lo oyera. Es un hombrecillo delicado, medio calvo, con barba, ovoide, voluble y nervioso, y vigilante como una comadreja. Me apretó con las dos manos una de las mías y farfulló unas entrecortadas palabras de bienvenida que me hicieron rechinar los dientes. Le empujé a un lado y fui subiendo los escalones con ayuda del bastón mientras Bartoli iba bailando a mi alrededor. ¡Qué alegría que hubiera venido! ¡Qué honor! ¡Todos tenían tantas ganas de verme!

—¿Quién hay aquí? —pregunté.

Bartoli fue enumerando nombres con sus dedos en miniatura.

—Viejos amigos —dijo radiante—, ¡todos son viejos amigos!  
Casi me eché a reír.

Y ahí estaban esperándome, ya lo creo, quince o veinte personas, en una sala de la planta superior, amplia y de techo bajo, cuyas cuatro paredes eran lunas ahumadas entre vigas de color rojo óxido, de un estilo brutalmente moderno. Estaban todos agrupados en mitad de un gran espacio vacío, donde habían colocado una barra sobre caballetes cubiertos con manteles, y todos habían vuelto el rostro hacia mí, expectantes, mientras yo los observaba desde la puerta. Era cierto, los conocía a casi todos, si no los nombres, sí las caras; no se me dan bien los nombres, por mucho que lo intente, que no es a menudo. Suspiré, y con Bartoli dando saltitos por delante de mí, comencé a cruzar la sala, colocándome una rígida sonrisa y rozando los chirriantes azulejos de goma con una fuerza deliberada. Bartoli se sumergió en la multitud, dando vueltas de manera majestuosa entre ellos, como un coreógrafo que reúne a su compañía. Sus movimientos son amanerados y un tanto mecánicos, como los de un actor profesional. Por todos lados me saludaban con cauta cordialidad. Bartoli me llevó a la mesa donde estaban las bebidas, y como el camarero, un muchachote joven de piel oscura con manos de campesino, no se movió con bastante prontitud, agarró una botella y dos copas y él mismo sirvió el vino.

—Un hijo del sur —dijo por una comisura de la boca—. Viven de nuestros impuestos y como tributo nos envían gañanes.

Franco está muy orgulloso de su acento inglés. El camarero lo miraba mohín. Franco me entregó un vaso e inclinó el suyo a manera de homenaje.

—Cuesta creer que hayamos conseguido traerte por fin —dijo con un rápido y leve parpadeo—. Llevamos siete años invitándote..., he comprobado nuestros archivos, sí..., y siempre en vano.

Era como un boxeador que se ve superado y derrotado, que finta y esquiva, en busca de una rendija por la que lanzarme un insulto. Casi no le hice caso. Con repentina y alucinatoria intensidad recordé los veranos de mi adolescencia en la granja de mi abuelo. Al ser un

chico de ciudad, siempre era el que percibía el primero y con la mayor exactitud los olores del lugar, de las flores, las frutas, las plantas, y de su descomposición, el cálido olor de la bosta de caballo, el olor de la tierra y los excrementos en el pequeño retrete de madera que había en el jardín, bajo el saúco de intenso perfume, el exquisito aroma de las fresas silvestres que buscaba entre los setos, el olor de los champiñones, el olor de las gallinas y su sangre, el olor del perro y los gatos, el olor de la barcia, del aceite, de los chorros de agua hirviendo, del sudor animal y humano, del tabaco de mi abuelo, el fuerte olor del vino y la tela gastada, el olor del serrín, el olor de mi propio sudor. La época que más me gustaba era la de la cosecha, cuando el trigo, la avena y el centeno llegaban al cobertizo para la trilla. Era, o eso me parecía, un edificio inmenso, grande como una iglesia, grande como una catedral, con un techo elevadísimo y en arco, y ventanas muy altas a través de las cuales entraban gruesos rayos de sol. El aire era denso a causa de la barcia que se arremolinaba, y los peones tosían, escupían y maldecían, gritando para hacerse oír entre el constante barullo. La trilladora era una enorme y complicada estructura de madera, como un insecto gigante, cuyas partes móviles reiteraban un ensordecedor *clic-clac*. Se movía gracias a un motor a vapor que llevaba adosado mediante una correa de cuero que me aterraba, pues daba golpes y sacudidas como un animal en agonía. En el cobertizo siempre había un luminoso crepúsculo, en el que los hombres se movían como fantasmas, la boca tapada con un trapo. En la parte de abajo, a un extremo de la máquina, el grano dorado salía a través de un embudo y entraba en los sacos, mientras que en la parte superior la paja vaciada y rota era expulsada en unas erupciones incesantes, salvajes y un tanto cómicas. Yo me quedaba junto a mi abuelo, quien por encima de aquel ruido intentaba explicarme cómo funcionaban las partes de la trilladora. ¡Qué sensación de esplendor y comunión experimentaba ante esa escena de labor y sus recompensas! Y luego, a mediodía, todo el trabajo se detenía y reinaba un silencio extraordinario, rotundo, y todos nos

encaminábamos hacia la cavernosa cocina de piedra de la granja, donde mi abuela servía la comida: cerveza, pan, huevos y gruesas rodajas de salchicha. Tanto en el trabajo como en el descanso, los hombres se trataban como si fueran hermanos, se daban palmadas en la espalda, se gritaban de una punta a otra de la cocina, reían, maldecían, se lanzaban insultos procaces. Yo me movía con toda libertad entre esos hombres, agotados pero también eufóricos. Nadie me prestaba especial atención, como si fuera uno más de ellos. Luego, con la ayuda de la cerveza, se oían los primeros murmullos de tanteo de una canción, titubeantes al principio, que parecían equivocarse y perderse, para prorrumpir al fin en una exultante cacofonía que me atrapaba en su movimiento y me constreñía el pecho y me hinchaba la garganta de la emoción. De vez en cuando paraban de cantar y me hacían beber cerveza, y aunque odiaba aquel sabor amargo, que me recordaba el chiquero, sonreía y me relamía y extendía el vaso para que me pusieran más, y me aplaudían, y luego volvían a empezar los cánticos, y desde la otra punta de la larga mesa mi abuelo me sonreía... Todo esto recordé, aun cuando nunca ocurriera. Desde luego, había una trilladora, pero solo la vi funcionar de lejos, desde el exterior del cobertizo, en el que tenía prohibido entrar a causa de mi constitución supuestamente débil; también me mantenían lejos de los trabajadores por temor a que pudiera ver y oír cosas poco aptas para un niño de mi tierna edad. Todo era un sueño elaborado a partir de mi deseo de estar ahí, en el cobertizo de trillar y en la cocina, en medio de los hombres, una fantasía nacida de mi anhelo de tener raíces. Ahora, a través de los ojos debilitados por el tiempo, escrutaba la ciudad desde esa atalaya, donde todo tenía aspecto de quemado a causa de las lunas ahumadas, y era como si acabara de recuperarme de un desvanecimiento para encontrarme en medio de una banda de supervivientes agrupados allá arriba, dominando una zona donde se había declarado una vasta y destructora conflagración.

Alguien me tocó el brazo y me hizo volverme. Durante un segundo no reconocí a Kristina Kovacs. No es que hubiera envejecido mucho, ni que su aspecto hubiera cambiado gran cosa desde la última vez que la vi, y sin embargo algo le había ocurrido. No parecía ella, sino una pariente cercana, su gemela, quizás, más borrosa que la mujer que había conocido, menos nítidamente definida, un tanto desdibujada, y de apariencia un tanto hueca. No se me ocurrió nada que decirle, y lo que hice fue inclinarme a toda prisa y besarle la mejilla. Tenía la piel cálida y seca, y parecía vibrar minúsculamente por toda la superficie, como si la poseyera la fiebre. Se llevó la mano al lugar en que la había besado y soltó una carcajada sombría, familiar —yo no soy de los que besan— y echó el tronco hacia atrás para mirarme, inclinando la cabeza a un lado, con un brillo de malicia e ironía en sus ojos negros. Se asombró de mi buen aspecto; parecía realmente sorprendida, como si ella hubiera llegado a un punto en su vida en que ya solo se pudiera ir a peor. Aunque ni siquiera había llegado a la mitad de mis años. Me pregunté si recordaría con la misma dulce e intensa claridad que yo aquella tarde, años atrás, cuando apareció sin anunciarse en la habitación de mi hotel en Budapest, o Bucarest, ¿o fue Belgrado? El lugar no importa, sino el momento. Recordé su combinación color salmón y la manera solemne en que se echó de espaldas ante mí en la cama, como si la hubiera derribado la formidable fuerza de su pasión. Le mordí los labios hasta que sangraron, le lamí las plantas de los pies. Ahora me preguntaba de qué hablaría mañana en la conferencia, y Franco Bartoli apareció junto a mi codo como un hombre de juguete, y pasándose una mano por su barba fina, suave y reluciente, dijo con una sonrisita pícara que allí, en Turín, el profesor Vander solo podía hablar de un tema... No sabía de qué estaba hablando.

—No he preparado nada —dije.

Quería que se fuera de mi lado. Me estaba imaginando el campo de pecas que había en el hueco que quedaba entre los pechos pálidos, desiguales y un tanto melancólicos de Kristina Kovacs. Tras

ella, la ciudad, cubierta de humo, se extendía hasta las montañas, a lo lejos, ceñida por su borde ondulado de nubes. Ella aún me miraba con aquella sonrisa irónica e íntima. Tiene, o tenía, la costumbre de mover la cabeza muy lentamente de lado a lado, como si se meciera al ritmo de una cadenciosa melodía interior. Me sentí mal. El vino ácido me había resecado la envoltura de la boca. Me incliné para colocar el vaso vacío sobre la mesa y aproveché para darle a Bartoli con el codo en la panza, como por accidente, lo que me hizo sentir mejor, a continuación me alejé de los dos con fuertes pisadas, con deliberada rudeza y me planté ante una de las lunas de cristal, de espaldas a la sala, observando tristemente la ciudad. Tras de mí, el zumbido de la conversación vaciló por un momento y volvió a retomarse con una nota más aguda y crispada: Axel Vander comportándose como un grosero, como siempre. Al igual que junto a la ventana del hotel aquella misma mañana, imaginé cómo me vería alguien que mirara desde la calle: una figura transportada por el aire, suspendida sobre un bastón inclinado y quizás a punto de caer en picado, un arcángel perdido y decrepito. Una vez más experimenté una oleada ardiente y biliosa de autocompasión, pura y dispersa. Kristina Kovacs se me acercó y se quedó a mi lado, una presencia que respiraba, su coronilla al nivel de mi hombro. Imaginé que me alcanzaba un soplo de su aliento, cálido, marronoso y malo. Juntos observamos las distantes cordilleras.

—Creo que me han descubierto —me oí decir, en un tono de esforzada y poco convincente despreocupación—. Me ha llegado una carta. Alguien ha rebuscado en mi pasado. Ella va a venir aquí.

Miré de soslayo a Kristina, y ella me devolvió la mirada con una sonrisa.

—¿Ella? —murmuró, al tiempo que negaba con la cabeza—. Oh, Axel, ¿has estado haciendo el tonto otra vez?

Al momento me quedé avergonzado y furioso conmigo mismo. No se me ocurría por qué había confiado en ella. Kristina Kovacs no sabía nada de mí ni de mi pasado, ni del real ni del inventado. ¿Qué era ella para mí, sino una tarde de pasión, en su mayor parte

simulada, en una habitación de hotel con la calefacción demasiado alta de una ciudad bloqueada por la nieve a la que nunca regresaría? Siempre he imaginado que fueron esas pocas horas en la cama lo que causó que ella escribiera con tanto retraso la reseña de *Después de las palabras*. La reseña era una pieza ligera, que pretendía ser burlonamente alusiva; resultaba una nota incoherentemente frívola entre las sesudas elucubraciones de *Débat*. La carta de agradecimiento que le envié cuando apareció la reseña me costó un gran esfuerzo. Mi intención fue alcanzar su tono colmilludo, malicioso, pero el resultado fue insatisfactorio de una manera que no pude comprender. Su nota de respuesta fue inocente y cálidamente afectuosa, y no mencionó nuestro encuentro en el hotel. Ahora, incómodo, me pregunto si no sabría más de mí de lo que fingía, quiero decir de mi pasado, de mi interesante pasado. Bueno, ¿qué importaba ya? Esa arpía que en esos momentos estaba viniendo de Amberes probablemente acabaría conmigo. Me di cuenta de que estaba contemplando la perspectiva de mi propia destrucción. ¡Bueno, pues que llegue, me dije casi alegre, será bienvenida! Enseguida, reemplazando la cólera y la autocompasión de un instante atrás, experimenté una incipiente ingrávida, como si en cualquier momento me fuera a poner a levitar, sin alas y sin embargo volando, flotando por los aires, libre, ligero, por ese azul vacío, frío y resplandeciente.

—Me estoy muriendo, Axel —dijo Kristina Kovacs.

Miraba el suelo con un aire de sorpresa casi infantil, con cierta vergüenza, como si acabara de revelarme un emotivo secreto.

—Sí, me estoy muriendo —dijo, esta vez en voz más baja, y sin embargo con más fuerza, verificando esa increíble verdad antes de asimilarla.

Me quedé mirándola. Un avión pasó a poca altura por encima del edificio con un estruendo intermitente, y un instante después su vasta sombra centelleó a través de las lunas de las paredes. Kristina sonrió, negó compungida con la cabeza y dijo que lo lamentaba, y que debía olvidar lo que acababa de decir.

—Háblame de tu chica —dijo con una terrible y valerosa alegría —. La que te ha descubierto, quiero decir. Has dicho que era una chica, ¿no? En el pasado siempre fueron chicas. ¿Qué terrible secreto ha averiguado?

Se rio, no con hostilidad. Apreté con fiereza el bastón. ¿Cómo se le ocurría que tenía derecho a hablarme así? Soy Axel Vander. La gente no me dice estas cosas, ni con este descaro. Dio un paso hacia mí y me puso una mano en el brazo, con una presión a la vez apremiante y frágil. Sabía lo que venía ahora. Retrocedí. El aire pareció de pronto espeso, irrespirable.

—¿Te acuerdas de Praga? —dijo. Así que fue Praga, no Belgrado ni Budapest. No pensaba decir nada—. Qué calor hacía —murmuró Kristina, y su mirada se hizo borrosa al esbozar una sonrisa evocadora—, el calor, aquella habitación de hotel...

Eso era intolerable. Miré a mi alrededor. Alguien debía rescatarme. ¿Dónde estaba ese memo de Bartoli, ahora que lo necesitaba?

—Lo siento —gruñí—, perdóname —y tras limpiarme la boca con la manga me di media vuelta abruptamente y me dispuse a cruzar aquella sala ancha como un mar en busca de la puerta, de una huida. Franco Bartoli vino detrás de mí, corriendo, chillando. Esgrimí mi bastón, más como una amenaza que como una despedida, y seguí avanzando, un hombre perseguido.

Cuando ella salió de la estación del tren las farolas brillaban pálidas a la luz del amanecer, y el aire se veía de un color de agua sucia. Un plano de la ciudad le indicó que no estaba lejos del hotel donde él se alojaba. Decidió caminar. Un tranvía apareció dando bandazos por su vía. Le gustaban los tranvías, su aspecto severo, desgarbado. Esperó en la acera a que pasara, la bolsa en la mano, el impermeable sobre el brazo. Se sentía como un personaje de una época ya pretérita, con el impermeable y la bolsa, su vestido sencillo y sus zapatos anticuados, el yo juvenil e impaciente, aún incierto, de

alguien que con el tiempo sería famoso, famosamente trágico, quizás. A menudo era así como se veía, con otro aspecto, en otras vidas posibles, y de manera tan intensa que le parecía que debía de haberlas vivido antes. Sintió un leve temblor y se puso el impermeable; había imaginado que haría más calor en aquella ciudad meridional. Más tarde saldría el sol. En el tren apenas había dormido, acurrucada en un asiento del rincón de un compartimento abarrotado, con la bolsa bajo los pies y el impermeable doblado a modo de almohadón. El tren paraba en todas las estaciones, solitarias, y se quedaba unos minutos chirriando y suspirando en el silencio desolado de la noche antes de volver a ponerse en marcha con una serie de sonoros ruidos metálicos. En una ocasión apretó la cara contra la ventanilla y miró al exterior; vio que pasaban a toda velocidad junto a una cordillera de montañas altas y recortadas, cuyos pies escarpados acababan a un par de metros de las vías. Supuso que debían de ser los Alpes. Veía las cumbres, centelleando e irreales, allá en lo alto, a la luz de la luna. Recordó haber estado en las montañas mucho tiempo atrás, con su padre; él la había empujado cuesta arriba en un trineo, y luego le había dejado tomar un sorbo de ponche. En la hora oscura antes del alba dormitó un rato; fue menos un sueño que una de esas agitadas fiebres nocturnas de la infancia, y se despertó repetidamente entre sobresaltos, imaginando que alguno de los demás pasajeros la había tocado o intentaba coger sus pertenencias. Cuando por fin estaban llegando, un hombre grueso se puso en pie demasiado pronto, y cuando el tren se detuvo salió lanzado hacia delante y casi se cae encima de ella, y para evitarlo le colocó una enorme manaza en el hombro y le hizo daño. El hombre olía un poco a vómito. Ahora, temblorosa y aturdida, comenzó a cruzar la amplia avenida. En la plaza que había ante ella los estorninos se despertaban ruidosamente en los árboles, y una gran bandada de palomas echó a volar, y sus miles de alas hicieron un ruido que pareció un despectivo aplauso.

No sabía lo que haría cuando llegara al hotel. Aún era temprano, y tendría que esperar al menos una hora antes de anunciar su llegada. No le importaría esperar en el vestíbulo, pero no estaba segura de que los empleados del hotel la dejaran entrar tan temprano. Las voces que había en su cabeza volvieron a empezar, como sabía que ocurriría, como hacían siempre que estaba insegura o nerviosa, aprovechando la oportunidad. Era como si una multitud variopinta y curiosa fuera al paso detrás de ella, pisándole los talones, y hablaran de ella y de su situación en susurros excitados, rápidos e ininteligibles. Se detuvo un momento y se apoyó en un escaparate cerrado con las manos sobre los ojos, pero al borrar el mundo de su vista el estruendo de las voces no hizo más que intensificarse. Inhaló profundamente y siguió andando.

Mientras dormitaba en el tren había soñado con Arlequín cubierto con una media máscara. Luego se despertó y sacó su cuaderno y su pluma estilográfica. *Arlequín el jefe, su máscara y su bastón. Maistre acerca del verdugo: «¿Quién es este inexplicable ser...?». Arráncale la máscara de la cara y encontrarás... otra máscara. Padre padre padre.*

Los fantasmas que la seguían se quedaron atrás.

Y ya estaba delante del hotel, que al pie de las escalinatas tenía una mata de laurel en una maceta. La puerta de cristal se abrió automáticamente delante de ella, y se preguntó si, de haberse puesto a correr a toda velocidad en lugar de acercarse al paso mesurado que exigían, habrían conseguido abrirse a tiempo o habría sido demasiado rápida para el mecanismo. Se vio a sí misma despatarrada sobre el peldaño de mármol, entre grandes lanzas de cristales rotos, la sangre saliendo a chorro de su garganta y muñecas. Se le ocurrió que los hospitales y los hoteles se parecían mucho. Un joven que estaba en la recepción, vestido con un elegante traje negro, le sonrió de manera aséptica. Ella pasó de largo, con la mirada fija al frente y la espalda arqueada, intentando dar la impresión de que tenía todo el derecho a estar allí. Nunca había entendido del todo cómo funcionaban los hoteles, ni cuáles

eran las reglas de la vida en un hotel. Por ejemplo, ¿cómo se distinguía a los huéspedes que pagaban de los que entraban y salían durante el día, visitantes ocasionales, gente que entraba a comer, que tenía una cita en el bar, cosas así? ¿Sabía ese joven de la recepción que ella no se alojaba allí? No le había pedido ninguna llave, pero igualmente podría tener una, podría habérsela dado uno de los colegas del recepcionista, uno del turno anterior, y ella habérsela llevado al salir. Y luego estaba la bolsa, claro, aunque no era muy grande, y podía tratarse de una bolsa de la compra. Pero ¿por qué había salido con una bolsa de la compra al amanecer, cuando las tiendas estaban cerradas, y cómo era posible que ahora llegara con la bolsa llena?

Todo el vestíbulo eran relucientes superficies de mármol, con una iluminación invisible y el techo bajo. En medio había una especie de estanque en el que el agua manaba entre helechos transmitiendo una sensación de sosiego. Se quitó el impermeable y se sentó en una punta del incómodo sofá de cuero al que, comprendió, se le pegaría la parte posterior de las piernas incluso a través del vestido. La rodeó un silencio inmenso, indiferente. Se preguntó si los helechos del estanque serían auténticos o de plástico; tenían toda la pinta de ser de verdad. Intentaba no pensar en las voces; a menudo, el simple hecho de pensar en ellas ya las hacía hablar. El joven de la recepción se le acercó y le preguntó, en inglés, con fría cortesía, si deseaba algo, ¿un poco de café, un té? Ella negó con la cabeza; no sabía cuál sería el procedimiento para pagar; se imaginaba que le daba dinero y se encontraba con una mirada ofendida. Era apuesto, como un actor de cine, de piel oscura y tersa, desenvuelto. El recepcionista volvió a sonreír, ahora con una sombra de ironía, se dijo ella. Cuando se estaba dando media vuelta, vio la bolsa de ella y levantó una ceja, de una manera que delató que acababa de darse cuenta de que no era un huésped. Con envidia, ella se preguntó cómo lo había adivinado. Quizás todo el que se registraba era fotografiado en secreto, y guardaban las imágenes en un archivo debajo de la recepción, y él lo había

consultado y no la había visto. Lo más probable es que lo hubiera sabido por su aspecto, por el modo en que estaba sentada, tan erguida, las rodillas juntas y las manos unidas en el regazo; por eso, y porque no había cogido el ascensor para ir a su habitación, la habitación que no tenía. Ella miró su reloj y suspiró. Una voz solitaria, con regodeo, comenzó a susurrar en su cabeza.

Aquí estoy, otra vez dormido, soñando. En el sueño voy en un avión, o más bien encima, pues la cabina está abierta al cielo, tiene el suelo metálico y sobre él un dosel metálico redondeado sustentado sobre finas riostras de acero. Hay otros pasajeros a bordo, pero no puedo verlos, pues los reposacabezas de los asientos son demasiado altos. El aire me da en la cara, maravillosamente fresco y suave. Mucho más abajo, a través de las grietas de las nubes, se ven campos y ríos, pequeñas protuberancias verdes que deben de ser árboles, y casas, y autopistas, todo un mundo de juguete que por todos lados se extiende hasta el horizonte curvado. Mientras vuelo, ligero como una pluma y libre, soy yo mismo y también alguien más, y me parece estupendo, y resulta natural. Se me acerca una azafata y se inclina hacia mí, me dice algo, pero cuando levanto la vista hacia ella veo que tiene la cara barbada y afligida, la cara de un hombre, amable pero no afeminada, los ojos levemente cerrados como en la muerte, los párpados estirados como papel o seda sobre las saltonas esferas. Me entrega algo, una hoja de papel doblada, quizás una carta, que intento no aceptar, pero ella insiste, todavía con esa delicada y amable expresión de sufrimiento. *Signore*, dice, en voz baja, apremiante, señalando su cara barbada, *signore*, *signore*. La empujo para apartarla, el papel cruje en mi mano e intento levantarme del asiento, pero no puedo, mi pierna no me lo permite. Sé que el avión está a punto de estrellarse, siento cómo va cayendo en picado mientras avanza, siento el suelo de metal temblando por la tensión. El mundo ascendía veloz para recibirme, los objetos se

hacían más grandes en expansiones bruscas, repentinas, como una serie de ampliaciones fotográficas colocadas rápidamente una sobre otra. Por fin conseguí ponerme en pie, mi pierna quedó cercenada sin dolor en la cadera, liberándome, y mientras recorría el pasillo a saltitos vi que no estaba viajando en un avión, sino en la parte de atrás, abierta, de una camioneta que avanzaba a toda velocidad y sin conductor, dando bandazos y sacudidas, hacia el humo y el estruendo del tráfico de mediodía. Hubo un chillido, alguien gritó algo y me desperté, con un sudor frío y agarrado a los bordes de la cama, los dientes apretados y las piernas enredadas entre las sábanas.

Me levanté un tanto vacilante, me acerqué a la ventana y la cerré a fin de bloquear el ruido de la calle. No eran las siete y el día ya estaba en su ruidoso apogeo; recordé con añoranza las soñolientes mañanas de Arcadia. En la mesita de noche que había detrás de mí comenzó a sonar el teléfono. Crecí sin teléfonos, y nunca he conseguido acostumbrarme a ese aparato, a su presencia, la misma en todas las casas y habitaciones de hotel, dispuesto a irrumpir en cualquier momento, sin avisar, grosero y exigente como un niño caprichoso. Me senté en un lado de la cama y cogí el auricular con cautela, con cautela me lo llevé al oído, y por un segundo me vi como si fuera mi padre, con todo su recelo ante la maquinaria del mundo. Mi padre. Qué raro. No había pensado en él desde..., ¿cuándo? Una voz me hablaba al oído, desde recepción, informándome de que «una persona» me esperaba abajo. Asentí, como si tuviera delante al recepcionista. Luego colgué, exhalando. Ahí estaba.

Desayuné en mi habitación, sin prisas, y luego me pasé un largo rato en la bañera llena de agua hirviendo. Ahora que ella había llegado, ahora que era el instante de la confrontación, me había sumido en un estado de letargia e indolente contemplación. Aquella momentánea visión de mi padre había removido todo tipo de recuerdos del remoto pasado, de mi infancia, de mi familia, de la casa de los Vander, con sus muchos primos, tíos y tías. Era como si

me ahogara, pero sin perder la calma, y mi vida pasara ante mí no tanto en un destello sino escenificándose momentos escogidos en una onírica cámara lenta. Por fin me levanté, me cubrí rápidamente con una toalla y me puse mi traje de lino, ahora arrugado sin remedio, y mi corbata achaparrada. Sonréí a mi imagen en el espejo, una sonrisa triste: el ahogado se viste para su propio funeral. En el pasillo había un silencio mortal. El ascensor llegó con su ruido de metal aplastado, y me metí en la caja y bajé, con una mano en el bolsillo frotando una moneda —¡el óbolo para el barquero!— entre el índice y el pulgar.

Qué raro que Arcadia sea el lugar en el que acabé, tan lejos de todo lo que había conocido. Estaba en la dirección totalmente equivocada; en justicia, debería haber acabado en el otro extremo, como tantos otros, en el centro de la calamidad, las torres derribadas, las tormentas de fuego, los niños chillando en el lago en llamas. Cuando llegué a Arcadia y volví la vista atrás, sin embargo, me di cuenta de que todo lo que había hecho me había estado empujando inexorablemente hacia allí, como si los ensayos publicados, las conferencias pronunciadas, los honores conseguidos, hubieran sido tantos otros céfiros que me empujaran de manera irresistible hacia el oeste, de Europa a Manhattan, a Pensilvania, a las planicies de Indiana, a la desolada Nebraska —¡hay tanta áspera poesía en esos nombres!—, y luego un último salto, muy alto, sobre las montañas, para aterrizar en esa estrecha franja de costa soleada donde me posé con un golpe seco, polvoriento, silencioso, como un astronauta que pisa un planeta desconocido. *Desconocido*, esa es la palabra exacta. El lugar siempre me resultó ajeno, o al menos yo le resultaba ajeno a él. El hecho es que nunca acabé de estar del todo allí. No participaba en la vida de la localidad. No me compré un coche. Nunca pasé por ese delicado y larguirucho puente rojo, tan renombrado. Mientras caminaba bajo el sempiterno sol de Arcadia, que siempre parecía apuntarme, como la luz de un ojo impersonal pero siempre vigilante, cerraba la mente al presente y me encontraba de pronto en la

ciudad donde nací, y recorría de nuevo las calles angostas y secretas que recorrió de niño, y veía de nuevo las agujas de los campanarios y los tejados apiñados y los campos helados que había más allá, donde unas diminutas y dispersas figuras trabajaban o jugaban, igual que en una de esas trilladas escenas cotidianas holandesas donde se mezclaba el trabajo y la celebración. ¡Oh, qué no habría dado en esos inmutables días de Arcadia por atisbar, ni que fuera por un instante, la luz lluviosa de abril en una carretera de Flandes! Y, no obstante, debería haberme sentido cómodo en Arcadia. Allí todo el mundo, en algún momento de su vida, si no en otra existencia, había sido otra persona, exactamente igual que yo. En todos los años que llevaba viviendo allí no conocí a una sola persona nativa del lugar. «¿De dónde eres?», se preguntaban unos a otros los habitantes de Arcadia, y se quedaban sonrientes, las cejas levantadas y los labios abiertos, a la expectativa, esperando una historia, real o ficticia. Se confiaban los detalles más íntimos de sí mismos y de su pasado, y se encogían de hombros con ese estilo tan peculiar, como si eso ya no les afectara. El futuro era su leyenda. Yo, por supuesto, les fascinaba. Contrariamente a los camaradas que había dejado en Nueva York, yo no les interesaba como modelo político, pero de todos modos acudían a mí en tropel, llenos de curiosidad y asombro, como si visitaran un antiguo y sagrado enclave de rituales, batallas y sacrificios sanguinarios inmemoriales. Caminaban a mi alrededor, me examinaban desde todos los ángulos, y se decían que ojalá se hubieran traído las cámaras y las guías. Yo les alentaba, a los más simpáticos o al menos a los más útiles, les daba la bienvenida, los recibía, hasta que consideré que mi autenticidad había sido suficientemente probada, y entonces cerré a cal y canto la verja, dejé que el rastro de cayera con violencia, y ahí se quedara, y los remaches no tardaron en oxidarse.

Magda se sentía incluso más desplazada que yo en la exuberante y frondosa Arcadia. Casi le gustaba Nueva York, sus populosas calles, el ajetreo y las multitudes y el incesante estruendo

de la concurrencia humana. Cuanto más al oeste íbamos, más se le escurría la vida. En aquellos vastos espacios por los que viajábamos, el aire la secaba, la socavaba. En Arcadia los jóvenes la asustaban, desde el chaval que iba en bici y arrojaba el periódico enrollado contra nuestra puerta a primera hora de la mañana con sañuda energía, hasta los matones menores de edad que hacían carreras en moto por las umbrosas avenidas, apestando el aire con sus tubos de escape. Comenzó a esconderse del mundo, casi ni se atrevía a salir de casa y nunca sin que yo la acompañara. No recuerdo el instante exacto en que comprendí que su mente se estaba deteriorando. Quizás el defecto había estado ahí desde el principio, una zona esponjosa en su cerebro con la que había nacido, y que se había extendido sin cesar hasta convertir todo su cráneo en papilla. ¿Por qué cogió afición a las chucherías? Me encontraba palitos de chupa-chups pegados a las paredes, migas de pastel entre las mantas de la cama, envoltorios de caramelos flotando en la taza del váter. A menudo entraba en la casa y la descubría de pie en el vestíbulo, mirándome con una expresión desquiciada, sin reconocerme. La oía hablar sola, en el cuarto de baño, en las escaleras, un susurro apagado, apremiante. Y una mañana entró en la cocina dejando en el suelo un rastro de pequeños zurullos aplanados como platos, y supe que había llegado la hora de que se fuera.

En el vestíbulo del hotel, un grupo de ancianos turistas, que acababan de bajar de un autocar, se estaba registrando entre mucha queja y discusión; al igual que yo, habían sufrido demoras y pérdidas de equipaje. Me detuve al salir del ascensor, apoyado en el bastón, y miré en derredor. ¿Dónde estaba ella, esa *persona*? Dos orondos hombres de negocios estaban sentados en unas butacas bajas, cara a cara, separados por una mesa aún más baja, concentrados y vigilantes, como si se prepararan para echar un pulso. Una chica pelirroja se escondía en el rincón de un sofá, con una bolsa a los pies, esperando a alguien, procurando pasar desapercibida. Se cruzó un adefesio pintarrajeados, perdido en los

pliegues de un abrigo de piel, con un doguillo en los brazos. Fui hacia la recepción, pero debido a la avalancha de recién llegados era imposible acercarse. Se me ocurrió la idea de salir sin más por la puerta y largarme, y me vi marcharme con toda claridad, solo que en mi imaginación mi pierna mala andaba perfectamente, e iba con un paso juvenil, veloz y despreocupado. Aun antes de que hablara la percibí a mi espalda. Era la chica, claro, la pelirroja; debería haberlo adivinado. Alta; pálida; pecas en la nariz; unos ojos de color —¿cuál?— gris verdoso, sí, y moteados de ámbar. Observé su actitud de chica alta, una pierna hacia atrás, la rodilla de delante doblada, intentando quitarse algún centímetro. Sujetaba la bolsa con aire protector contra el pecho, las dos manos en la correa, como para protegerse de un temido y fundadamente esperado ataque.

—Soy Catherine Cleave —dijo—. Me llaman Cass.

Nos sentamos en el vestíbulo, el uno de cara al otro, en los dos extremos del sofá de cuero, la chica muy erguida con los puños sobre las rodillas, el impermeable a su lado y la bolsa en el suelo; tenía ese aire un tanto aturdido e incrédulo de un refugiado que no hace ni una hora que ha cruzado la frontera bajo un fuego cruzado. Yo estaba irritable. El agua que caía sobre el estanque del vestíbulo distraía mi atención: ¿a qué imbécil se le habría ocurrido poner helechos y una fuente ahí? Me gustan las cosas que están donde les corresponde. Estudié a la chica, o a la joven, pues imaginé que más tarde me vería obligado a recordarla. Su aspecto era a la vez sorprendente y soso. Observé los finos huesos de su cara en forma de cuña, el rosa delicado y levemente inflamado de la comisura de los ojos, el vello rubio de sus brazos y sus largas y huesudas pantorrillas desnudas. Con detalles inconexos y apresurados me hablaba de un proyecto de investigación en el que había participado durante años, al parecer, y que tenía que ver con los hijos de Rousseau, si no recuerdo mal; apenas la escuché. No hacía más que pensar en lo decepcionado que estaba. Había esperado algo

que me impresionara más. Aquella chica podría haber sido una alumna mía, uno de esos casos perdidos, en los viejos tiempos, cuando aún tenía que dar clases. Así que esperaba hacerse un nombre poniéndome en evidencia, ¿era eso? Bueno, a lo mejor lo conseguía, pero le supondría un coste, y menudo coste, tanto para ella como para mí, ya me encargaría de ello. Mientras ella hablaba, sus ojos, grandes y brillantes de un modo antinatural, no dejaban de pasearse por mi persona con una intensidad parpadeante y fascinada, por lo que tuve la impresión de que juntaban mis piezas a gran velocidad, como si fuera una especie de rompecabezas viviente. Emitía una tenue y rápida vibración, como si dentro tuviera algo que girara sin cesar a una terrible velocidad, sin sonido. Interrumpí la atropellada historia de los mocosos abandonados de Jean-Jacques para preguntarle si le gustaría desayunar, y ella me miró con una especie de pánico y con vehemencia negó con la cabeza. Tuve la impresión de haberme encontrado cara a cara, en un sendero forestal, con una singular y excitable criatura de los bosques que se había detenido un momento con temblorosa curiosidad y que dentro de un instante desaparecería con un ruido de hojas. Conocía a las chicas como ella. Siempre se sentaban en la grada más alta de la sala de conferencias, fijaban sus ojos en mí con avidez, nunca hablaban si no se les preguntaba. Miré la profunda cavidad en sombras que se le formaba sobre la clavícula y me sorprendió sentir mi vieja libido frotar con nostalgia sus callosas garras. Me temo que siempre me gustaron las dementes.

Cuando le pregunté de dónde era y me lo dijo, le repliqué que era un lugar fabuloso, cuna de muchos estupendos y famosos poetas. ¿Cómo era posible que, incluso por teléfono, se me hubiera pasado por alto ese acento irlandés, esa manera de pronunciar las erres? Le pregunté en qué hotel se alojaba, y me di cuenta, por su vacilación y su ceño fruncido, de que no tenía dónde quedarse. Bien. A lo mejor había alguna habitación libre en el hotel, dije afablemente, levantando las cejas. Indecisa, paseó la mirada por el suelo de mármol, las arañas de luces, parpadeó. Pero sí, dije, debía

quedarse allí, estaba seguro de que habría sitio, iría y lo arreglaría enseguida. Mientras me levantaba vi, con disimulada satisfacción, que tenía que reprimirse para no tenderme la mano y ayudarme. En recepción aguardó callada detrás de mí; su silencio aún vibraba. Sí, anuncíe volviéndome hacia ella con despreocupada amabilidad, había una suite disponible, ¿le gustaría? Me miró sin decir nada. Sonreí.

—¿Algo más modesto, entonces?

La frente se le sonrojó. El esbelto joven que había tras la recepción no se inmutaba. Le coloqué delante una hoja de registro y le ofrecí un bolígrafo, que ella rechazó, antes de sacar su propia pluma estilográfica del bolsillo de la blusa. Se inclinó para escribir, frunciendo el ceño, con premura, como una colegiala. Intenté leer la dirección que estaba anotando, pero no pude. Su letra me sorprendió por lo violenta y descontrolada; las letras puntiagudas, en líneas inclinadas, parecían impresas con un tipo de letra hecho pedazos. Habilmente cogí la llave que el recepcionista le ofrecía, y también cogí su equipaje antes de que ella pudiera ponerle la mano encima. Volvió a sonrojarse. Bebí sus sonrojos como sorbos del más refinado y preciado cordial. ¡Ya lo creo que me iba a divertir con eso! Se encaminó hacia el ascensor y yo la seguí. Anchos hombros, largas caderas, y muy alta, demasiado. Subimos uno al lado del otro, mirando hacia arriba. Olía fuerte a sudor, y también a algo suave y levemente medicinal; intuí un pasado de instituciones: facultades y más facultades; ¿quizás también sanatorios? A lo mejor estaba mal de los pulmones. No tenía muy claro si la gente todavía seguía sufriendo de los pulmones. ¿Con qué amplitud se extienden nuestras cavilaciones en estas ocasiones extraordinarias, fantásticas?

La habitación que había conseguido para ella era pequeña y daba a una azotea y a una hilera de curiosas chimeneas metálicas ennegrecidas, como las de un transatlántico. Coloqué su bolsa en el suelo. Se quedó de espaldas a la ventana, en una posición defensiva, replegada, los hombros caídos hacia delante rodeando

un pecho ahora cóncavo, y apretaba las palmas ante el estómago. Le dije que debía de estar cansada después del viaje, y me dijo que sí, que le había costado mucho dormir en el tren. Hubo otro silencio. No mencionó la carta que me había escrito ni su contenido. Le dije que debía descansar, y que luego saldríamos a almorzar.

—¿Almorzar? —dijo, como si fuera una palabra extranjera, la boca floja y un tanto torcida, como si se dispusiese a formar unas palabras que no pronunciaría.

Ensanché las fosas nasales y cogí una bocanada del aire sin vida de la habitación, con la intención de volver a saborear el olor a civeta de su sudor. La vieja libido se agitó de nuevo. Ella, y la habitación, y la bolsa sobre la cama, y esas chimeneas de barco de ahí fuera, todo parecía formar parte de pronto de una absurda y emocionante aventura en la que de buenas a primeras me encontraba embarcado, y de pronto unos mil años abandonaron mi cuerpo, con la misma ligereza que cuando cae la caspa.

—Almorzar —dije—, ¡sí! —sin admitir ninguna objeción, y asentí, y me di media vuelta, y cogí el bastón por abajo y lo enganché a la manecilla de la puerta y abrí, un gesto juguetón, y de haber llevado sombrero habría saludado con él. Pronto seré libre, me dije, sin saber lo que eso significaba y sin que me importara.

Me detuve al otro lado de la puerta; me temblaban las manos.

La llevé al Esmerelda con la intención de impresionarla, pero ella no prestó la menor atención a los tristes esplendores rococós del lugar, las paredes rojas de felpa y el centelleante cristal, las servilletas de espléndido damasco, la pesada y antigua cubertería. Casi no comió, tan solo clavó el tenedor en la comida que tenía en el plato sin mirarla, empujándola aquí y allá. Se había puesto un vestido de un color apagado, sin mangas, que, de manera desconcertante, le otorgaba el severo aspecto de una joven recién enviudada. Se sentó ante mí con la espalda recta, el cuello largo y fino extendido como el de un pájaro, a lo cisne, y aunque nuestras miradas estaban a la misma altura, tuve la curiosa sensación de que ella estaba colocada un poco por encima de mí, que bajaba la vista

para mirarme. Se había hecho algo en el pelo; se lo había recogido hacia atrás, o quizás simplemente se lo había cepillado de otra forma, resaltando sus amplias mejillas aplastadas y los rebordes demasiado grandes de las orejas; el efecto, no sé muy bien cómo, era el de un estado de desesperación no del todo concentrado. Yo no tenía apetito, pero sí, como siempre, una gran sed. Primero me bebí una botella de vino tinto, espeso como la sangre, y luego repetidos vasos de grappa, cada uno de ellos acompañado de un sorbito de un café alquitranoso que me hacía temblar y chisporrotear las terminaciones nerviosas. Ella bebió un vaso de agua. El humo de los muchos cigarrillos que fumé formaba un capullo a nuestro alrededor y la hacía toser. Estábamos sentados junto a una ventana que daba a una calle estrecha y desierta, y delante teníamos una iglesia que se caía a pedazos. Muchas veces, durante mi larga e infame carrera, he estado sentado delante de una chica en un restaurante, provisto de mi cigarrillo, de mi siniestra sonrisa, un brazo echado con desgana sobre el respaldo de la silla, exhibiéndome ante la mirada sobrecogida y admirativa como una copa de la más exquisita, singular y vieja cosecha. Y ahí estaba ahora, haciendo lo mismo, incluso en mi senectud. Le estaba hablando del primer invierno que pasé en Nueva York, recluido en ese sótano de la calle Perry, donde en verano había temido morirme de sofocación y donde luego, al llegar el frío, pensé que jamás volvería a entrar en calor. Magda me enseñó a enrollar periódicos para que sirvieran de combustible para la estufa. Yo trabajaba todo el día y la mitad de la noche, sin pausa, aturdido de excitación y fatiga.

—Sabía cómo se titularía aquello antes de haber escrito una palabra —dije—: *El alias como hecho saliente: el caso nominativo en la búsqueda de la identidad*. Podía ver la sobrecubierta, con el título en grandes letras en negrita sobre mi nombre, en un cuerpo más modesto de veinticuatro.

Solté una risita, eché un trago de grappa, y sentí, con masoquista satisfacción, cómo el líquido sulfuroso y aceitoso

levantaba otra capa de la membrana de mi lengua; sorprende cómo esos ínfimos dolores, sufridos de buena gana, pueden llevar una ficción de alivio al autodesprecio que uno siente... Ah, pero qué frío hacía en esa habitación. Me sentaba envuelto en una manta, solo con la cara y la mano de escribir descubiertas, el cerebro zumbándome a causa de los barbitúricos que tomaba en la época. El viento procedente del río aullaba contra el marco de la ventana, y diminutas bolas de hollín rodaban por la página donde escribía. Había intentado trabajar en la biblioteca pública, porque allí se estaba más caliente, pero me había tenido que marchar a causa de la presencia de tantos mendigos que se parecían muchísimo a mí, demacrados y suspirando, hurgándose la nariz y comiendo a hurtadillas un sándwich, que sacaban de una bolsa de papel marrón. Más tarde la cosa fue publicada, y enseguida, como en un cuento de hadas, como Cenicienta en su carruaje hecho con una calabaza, triunfó.

—Esas cosas eran posibles —dijo—, en aquella época. Lo conseguías con un libro. Como es natural, todo el mundo lo leyó —hice un gesto indolente con la mano—, y cada uno pensó que me dirigía directamente a él. O a ella.

La miré a los ojos y sonreí con desdén. ¿Sabéis de esas sonrisas que hacen que la carne de tu cara parezca agrietarse con el esfuerzo, como si fuera celofán? Ella me miraba, inmóvil, el cuchillo y el tenedor suspendidos en el aire; el que se quedara repentinamente tan inmóvil provocó una pequeña conmoción en el aire que nos separaba, como cuando la nevera, que ha estado vibrando sin que nadie le preste atención, se queda de pronto en silencio con una sacudida.

—Los convencí —dijo ella.

Me encogí de hombros.

—Era la época —dijo—. La identidad era la obsesión general; la identidad, la autenticidad, todo eso; el problema existencial, ja, ja.

Sí, sí, los convencí. A casi todos. Deshonestidad: ¿cuál de ellos fue el que dijo que la característica más sobresaliente de cada línea

que yo escribía era la deshonestidad moral?

—Después de eso todo cambió —dije.

Sí, todo. Magda y yo dejamos el gélido sótano y nos trasladamos a un apartamento situado en un edificio grande y viejo en la Setenta y pico Oeste, un lugar destortalado donde vivía gente misteriosa e inteligente, tipos que se dedicaban al teatro, y muchachas con aspecto estudiadamente triste que escribían poesía, y un famoso trompetista negro. El éxito fue grande, clamoroso y absurdo. ¡Cuánta euforia! Y las fiestas, aquella interminable serie de fiestas, donde me codeaba con leyendas vivas, los Edmunds, los Lionels y las Marys, quienes a cambio me acariciaban un poco el lomo. En su brillante compañía, nunca sobria del todo, aprendí un nuevo lenguaje: el del matiz y el asentimiento, la sonrisa ambigua, el guiño del que está en el ajo. A los camaradas, por supuesto, que ahora me parecían tan poco refinados, tan *gauches* —*bon mot!*—, no tardé en abandonarlos. Me los imaginaba, esos jóvenes militantes con tejanos y el pelo cortado a cepillo, y su séquito, sus solemnes sirvientas con falda de cuadros y calcetines blancos hasta los tobillos, formando un corrillo en la acera vacía, mohínos y lamentando la pérdida, parpadeando en el polvo levantado por mis pies al alejarse.

Cass Cleave dejó el cuchillo sobre la mesa y me miró. Otra vez me encogí de hombros, poniendo mi más inocente y seductora sonrisa.

—Querida —dije—, he vuelto mi abrigo tantas veces del revés que se ha deshilachado.

Solo entonces me di cuenta de lo enfadado que estaba, de lo enfadado que había estado todo el rato, desde que abrí la carta, y antes, mucho antes, mientras la esperaba, pues siempre había sabido que, tarde o temprano, alguien mandaría una carta. Cass Cleave había vuelto la cara a un lado y miraba la calle.

¿Cuánto sabía? La estudié con lupa. Sí, reconocía esa clase de chica: impulsiva, inteligente, astuta, desamparada, víctima de deseos secretos, de aflicciones sin nombre, que busca la salvación

en los sitios equivocados. Tenía las uñas en carne viva de mordérselas. Cerré los ojos un momento. ¿Era posible que la intrincada proeza que era mi vida, ese triunfo que tanto riesgo, atrevimiento y mendacidad me había costado, acabara en nada porque una chica medio demente deseaba que le prestaran un poco de atención? El sol de la tarde lanzaba en ángulo sus rayos, que sorteaban los altos tejados y daban en la calle, y había algo del exterior que no dejaba de centellear hacia mis ojos a través de la ventana, el reflejo de un cristal o un metal. Ya casi estaba borracho. Sin pensar en lo que hacía, extendí los brazos y tomé una de las manos de Cass Cleave entre las mías, y esbocé de nuevo una irresistible sonrisa, enseñando los dientes. Qué espectáculo debíamos de ofrecer a los demás comensales del lugar, el repugnante y viejo libertino manoseando a esa pálida muchacha y sonriendo como un caballo.

—Ven conmigo —dije galante y jocoso—, quiero enseñarte el lugar donde vivía un viejo amigo mío.

Ella miraba su mano entre las mías, la cabeza inclinada a un lado, con una expresión de perplejidad, como si nadie le hubiera cogido la mano nunca. Le rocé la palma con las puntas de mis dedos; la tenía caliente e inesperadamente dura. Cuando bajó la mirada, los párpados, de un tono malva, levemente lustrosos, estaban tan redondeados y tensos que parecían casi transparentes.

Miré a mi alrededor y vino el camarero, un dinámico cadáver casi tan viejo como yo, trajo la cuenta, y su húmedo ojo de pez casi no se atrevía a mirar la mano de la chica y las mías, posadas en un mantel manchado de vino, entre tazas de café vacías, grasiestas copas y el cenicero repleto. Cass Cleave volvió a apartar la mirada y la dirigió a la nada, ahora sin expresión. ¿Qué estaba pensando, qué podía estar pensando? Su mano dura, caliente como un pájaro, latía suavemente en la mía, como si tuviera un diminuto corazón propio. Su peso me recordó, de manera repentina y terrible, que gran parte de mi vida ya había transcurrido. Me quedaba poco, y a mi mundo también. Una oleada de amargura y cólera me invadió,

me dejó sin aliento. Cuántas cosas había ahora que me dejaban indiferente y que en mi juventud me habrían afectado como..., ¿como qué? No lo sé, había perdido el hilo de mi pensamiento. Solté la mano de la chica y me puse en pie rápidamente, volcando la silla, y esta vez ella extendió los brazos para ayudarme, y fue una suerte que lo hiciera, pues de otro modo estoy seguro de que me habría caído. Me apoyé en su brazo, maldiciendo, y me golpeé furiosamente la pierna mala con el puño. El anciano camarero acudió arrastrando los pies para ayudarme, chasqueando la lengua, como si se dirigiera a un niño travieso. Le aparté de un empujón y fui tambaleándome a la puerta. Fuera, bajo el sol, anduve unos pasos y tuve que detenerme y apoyar la espalda en la pared. Levanté los ojos al cielo; parecía palpitarse, lentamente, inmenso. Me sentí mareado, y tuve esa sensación de desplazamiento, de movimiento y separación, que había experimentado el día anterior ante el espejo del cuarto de baño del hotel, solo que ahora con más intensidad. Me pregunté, sin alarma, si estaba sufriendo un ataque al corazón, o una apoplejía. Cass Cleave intentaba cogerme otra vez el brazo.

—¡No es nada! —grité.

Expulsé gases por el trasero sin reprimirme, sin importarme que me oyera o me oliera. Me puse a reír, a reír y a toser, en una euforia de ebriedad y mareo y rabia. Dentro de mí duerme otro yo que en momentos como ese se despierta asombrado de que todo eso esté ocurriendo, toda esa vida, con su inverosimilitud. La chica se quedó ante mí, ceñuda ante mi dejadez. La insulté. Otro destello de luz me dio en los ojos..., ¿venía del interior de esa iglesia? Ave, Deus caecans!<sup>[3]</sup> Manoseé torpemente el bastón y lo dejé caer; hizo un ruido como de huesos. Ella se agachó para cogerlo, y le habría dado una patada de no haber tenido miedo de perder el equilibrio y caer de cabeza al suelo. El corazón se me encogió en un puño. Le quité el bastón de un manotazo, me di media vuelta y eché a andar por la acera impulsándome con el bastón, maldiciendo.

Furia, furia y miedo, esos son los combustibles que me impulsan, mezclados en igual medida: furia por ser lo que no soy, miedo de que averigüen lo que soy. Si algún día una u otra de estas fuerzas se agotara, el violento equilibrio que me sostiene fallaría y yo me derrumbaría, o saldría volando sin remedio entre pedos y silbidos, como un globo que se nos escapa. Ya cuando era joven..., pero no, no, no quiero empezar a recordar eso otra vez, estoy harto de todo. He acabado con el pasado; hay cierto punto, cuando vuelvo la vista atrás, en el que se dibuja a las claras una línea ante mis ojos, como si hubiera ocurrido un desprendimiento. La chica me seguía a una distancia prudente, constante. Cada vez que yo me detenía, ella también se detenía y volvía la cabeza y se ponía a mirar algo intensamente. El vestido oscuro y las sandalias de tiras que llevaba le daban un aspecto ático: Electra perdida en la ciudad de las tumbas. Me impulsé hacia delante, y al poco llegamos a la placita donde está el palacio Carignano. La tarde despertaba de la letargia del almuerzo. Unos coches pequeños entraban y salían de las concurridas calles. Ahí, en el muro, estaba la placa de bronce que había estado buscando. Tres peldaños ascendían hasta una puerta alta y estrecha. Cuando pulsé el timbre, una voz me chilló desde la boca con rejas de una caja de metal que había en el muro, y la puerta se abrió con un chasquido. Entré. Paredes grises, y el olor caliente y mohoso de los interiores sin ventilación. Cass Cleave aún cruzaba la calle; se me ocurrió soltarle la puerta en la cara, igual que lo había intentado con Pelo de Zanahoria en el café, pero me ablandé y le aguanté la puerta, a regañadientes. No obstante, mientras subíamos las escaleras, imaginé que me detenía, me daba la vuelta, la tomaba en un abrazo irresistible, le desgarraba las ropas y todo mi cuerpo se apretaba contra ella. Ni su desnudez sería suficiente, tendría que abrirla la carne como si fuera una chaqueta, bajarle la cremallera desde el empeine hasta el esternón y meterme dentro de ella, sentir cómo su corazón sobresaltado se ahogaba y se detenía, cómo se le estremecían los pulmones, agarrar sus huesos empapados de sangre con mis manos. En lo alto

del tercer tramo de escalera, la férula de mi bastón se incrustó en una grieta del gastado suelo de mármol, y mientras lo movía adelante y atrás en un esfuerzo por liberarlo, tuve la visión de que todo el edificio se movía, se balanceaba, se liberaba de sus cimientos y se derrumbaba hacia delante en una avalancha de piedras, hasta inundar la atónita y aterrorizada plaza.

Había una puerta de cristal esmerilado. La golpeé repetidamente con la empuñadura del bastón. No hubo respuesta. Me aclaré la garganta, Cass Cleave se aclaró la suya. Señalé el nombre que había pintado en el cristal con letras de oro.

—Fino —dije asintiendo—. ¿Lo ves? Esa es la familia que le alquiló una habitación.

Esperamos. Di más golpes en la puerta, y esta se abrió por fin y apareció una joven diminuta que llevaba un vestido tan soso como el de Cass Cleave y unas gafas anticuadas con una pesada montura negra. Avanzó en oblicuo y rápidamente entrecerró la puerta tras ella, a fin de que no pudiésemos ver nada del interior, aunque nos llegó un leve olor a algo que se estaba cociendo. Nos saludó con timidez y se quedó mirando de soslayo nuestros pies, indiferente e inmóvil. Mantenía las manos juntas ante ella, frotándolas en un movimiento lento, acariciado, de lavado. Le pregunté si nos permitiría entrar para ver la habitación donde había vivido el filósofo. Frunció el ceño, y sus manos dejaron de moverse.

—Nietzsche —dije en voz alta—. ¡Friedrich Nietzsche!

El nombre sonó absurdo, como un estornudo; fue engullido por el hueco de la escalera, y volvió con un eco que pareció una risita. La joven reflexionó, aún con los ojos en el suelo. Tenía una pequeña peca peluda junto a la fosa nasal izquierda que no dejaba de atraer mi mirada. Negó con la cabeza lentamente. Nadie con ese nombre vivía aquí, dijo. Tenía una manera de hablar extraña, apagada y sibilante; se demoraba un momento en alguna palabra y la hacía zumbar en lo profundo de la garganta, como el sonido que emite un gato cuando lo acarician.

—No hablo de *ahora* —dije, gritando de verdad—. ¡Hace mucho tiempo! Vivió aquí. *Il grande filosofo!*

Señalé el nombre de la puerta otra vez, mencioné la placa que había en el exterior. Pero ella no dejaba de negar con la cabeza, remota, sin disculparse, inamovible. En una ocasión alzó los ojos hacia un lado, y con un parpadeo de interés se fijó en la garganta desnuda de Cass Cleave, y en los pliegues gemelos de carne pálida y con pecas allí donde el vestido sin mangas le pellizcaba las axilas. El descansillo era un lugar caluroso y estrecho, y estábamos muy juntos, los dos altos y la mujer menuda, inundados por el calor del otro y por el olor de la comida que preparaba la mujer, y que cada vez llegaba con más fuerza desde detrás de la puerta cerrada. Busqué algo más que decir, pero no se me ocurrió nada, y lo que hice fue dar media vuelta y bajar las escaleras en muda furia y frustración. En el primer descansillo me detuve, me volví y vi que Cass Cleave y la enana aún estaban de pie donde yo las había dejado, sin mirarse, las dos con la vista humillada, sin decir palabra, simplemente allí de pie, inmóviles como un par de maniquíes.

Yo estaba en el vestíbulo, esperando dentro, cuando ella por fin bajó, un escalón tras otro, con meticulosa parsimonia, vigilando sus movimientos, como si ese descenso constituyera una diestra maniobra que solo recientemente hubiera aprendido a ejecutar. Sin venir a cuento, pensé en Magda. Muy despacio, la chica llegó hasta mí evitando mi mirada, o no, no evitándola, sino mirando a través de mí como si yo no estuviera. Y sin embargo, ella sabía lo que yo haría. Al parecer ya no estaba borracho; todo lo contrario, me sentía violentamente sobrio. Permaneció en el círculo de mis brazos inmóvil y rígida; yo era como una cascada de agua que caía sobre ella sin mojarla. Su labio inferior sobresalía un poco, y parecía que siempre estuviera esperando recibir una gota de algún sacro destilado procedente del cielo, pero en aquel momento, cuando incliné la cabeza hacia delante, me costó encontrar su boca; cuando lo hice, tomé ese brote blando y protuberante de carne entre los dientes. Cuando la besé no cerró los ojos, ni yo tampoco, con lo que

permanecimos los dos mirándonos, sorprendidos, casi aterrados. De nuevo me llegó el débil, insulso y medicinal olor de su piel. Me recordaba algo: ¿eran violetas? Sus omóplatos se flexionaron bajo mis manos como alas duras y rígidas, flexionadas, y estaban quietas. Con la misma claridad que si la proyectaran delante de mis ojos muy abiertos me vi en la casa de la calle Cedar, sentado delante de Magda a la mesa donde desayunábamos, dándole sus tabletas, cogiéndolas una por una de mi palma ahuecada y dejándolas caer en la boca que me ofrecía. Era medianoche, apenas se oían las campanadas del reloj de la casa de al lado; una polilla se lanzaba contra la ventana negra y reluciente. Solo nos rodeaba el silencio, ni un sonido que no fuera esa cosa alada y perpleja chocando absurdamente contra el cristal. Las manos de Magda estaban planas sobre la mesa, delante de ella; tenía las uñas rotas, con mugre debajo. Qué calmada estaba, qué dócil, mirándome sin parpadear, con vivo interés, a lo mejor, mientras llenaba un vaso de agua y se lo ponía entre las manos. Toma; bebe. Le había dicho que las tabletas eran un tipo especial de caramelo. Eran de color violeta. Liberé a Cass Cleave de mi abrazo. Pero no se movió, sino que se me quedó mirando, observándome con serenidad, a ver qué hacía ahora, con la mismísima mirada de Magda.

En el hotel, cuando entré en su habitación, ya estaba corriendo las cortinas para protegernos del sol de la tarde. Ahora, naturalmente, venía la vacilación del último momento, y yo no quería estar allí. Estaba cansado de mí mismo y de mis apetitos, de mi necesidad infantil de agarrar, estrujar y chupar, que con los años no hacía más que intensificarse.

—¿Te das cuenta —dije— de que tengo edad para ser tu bisabuelo?

Me reí. Ella no respondió, tan solo se desabotonó el cuello del vestido, en la nuca, y se lo sacó por la cabeza, convirtiéndose por un segundo en un escarabajo negro encapuchado provisto de unos

brazos antena que se movían. El sonido de su ropa interior al caer susurró por todos mis nervios.

—¿Conoces esa Venus de Cranach que hay en el Beaux Arts de Bruselas? —dije jovialmente, apoyado sobre mi bastón, en ángulo —. ¿La que lleva aquel sombrero grande y oscuro y aquella gargantilla negra tan interesante?

Me sorprendió lo mucho que se parecía aquella mujer viva a la del cuadro, el mismo tipo sinuoso, con las mismas caderas gruesas y las extremidades ahusadas y esa palidez un tanto estreñida.

—Cupido —dije— apenas le llega a la rodilla, es un mocosó enfadado al que arrastran las abejas, aunque debo decir que siempre me han parecido más bien moscardas. ¿Sabes de cuál te hablo?

Ella se inclinó para apartar la colcha de la cama, un pecho, una bombilla plateada, reluciendo bajo el arco de la axila.

—Cranach —dije—, el joven o el viejo, no me acuerdo, era amigo de Martín Lutero, ya ves qué casualidad. Uno se pregunta qué debía pensar el gran reformador de las lascivas señoras que tanto le gustaba pintar a su colega.

Ahora estaba sentada en la cama, con las piernas recogidas contra el pecho, y los pálidos brazos abrazando las pantorrillas. No me miraba, tenía la vista fija al frente, con un leve ceño, como si intentara recordar una palabra o imagen escurridiza. Apoyé el bastón contra el cabecero de la cama, me di la vuelta, me balanceé hacia el cuarto de baño sin ventana y cerré la puerta con llave.

La micción me parece uno de los fastidios menos importantes de la vejez; a veces, incluso, el paso copioso de agua puede ser casi una experiencia sensual. En aquella ocasión mi orina olía claramente a grappa. Abrí el grifo del agua fría, medio llené el lavamanos y sumergí las manos con energía. Me gustó el acerado frescor del agua, su sacudida, su balanceo. A continuación pasé unos minutos rebuscando entre sus cosas, sus bálsamos, pastas y polvos; la mezcla de su fragancia era leve y agradablemente repulsiva. Abrí un cartucho de lápiz de labios y me apliqué la

protuberancia escarlata en la parte interior de la muñeca, dibujando una boca borrosa, abierta como en un repentino arrebato de deseo, y apreté mis labios contra ella, probando su dulzura cérea y pegajosa. En la tierra de las mujeres, siempre soy un viajero que acaba de llegar. Me estudié en el espejo, las motas de escarlata que el carmín me había dejado en la boca, a continuación cogí un pañuelo de papel y me lo limpié, no sin dificultad. Pero todavía no salí. Incluso desde el interior de esa cámara sepulcral me llegaban los latidos del calor de la tarde que nos rodeaba. Ahora ella ya estaría bajo las sábanas, esperándome con sus ojos de lémur, esperando a que fuera a devorarla, yo, su amante. Me acordé del policía que estaba en la cocina la mañana posterior a la muerte de Magda. Era de baja estatura, joven, tan musculoso que casi no cabía en el uniforme; el pelo, rapado, tenía menos de un milímetro de longitud sobre su cabeza de bala; su cráneo era de un matiz de azul celeste y rosa. Su nombre, inverosímil, y sin embargo horriblemente apropiado, era agente Blanco. Me estrechó la mano con la cortés solemnidad de un oponente antes del inicio de un duelo, y se quedó de pie, respirando sonoramente por la nariz, la mandíbula cuadrada dando vueltas a un chicle. Nunca había tenido la oportunidad de estudiar a un policía tan de cerca, y en mi estado, entre resacoso y empapado por las lágrimas, me quedé fascinado por la cantidad y variedad de impedimenta que llevaba, la abultada pistola, metida en la funda como un puño de acero, la porra negra y larga, las esposas, el complicado teléfono en forma de ladrillo, también en una especie de funda, colgándole del cinturón. Lo más impresionante, sin embargo, era su quietud, la manera en que simplemente estaba ahí, en un silencio impenetrable, las manos en ángulo sobre la cadera y solo moviendo la mandíbula, sin parar. No parecía que ninguno de los dos tuviera nada que decir. Cuando me ofrecí a prepararle una taza de café, parpadeó y me miró de soslayo, como si le hubiera hecho una propuesta de lo más indecorosa. Oímos a los demás moviéndose por las escaleras con fuertes pasos. Me pareció especialmente embarazoso tener que

quedarme allí escuchándolos; era igual que oír cómo alguien utiliza el lavabo, o escuchar a escondidas cómo una pareja hace el amor. El agente Blanco, intuyendo quizás también lo incómodo y violento de la situación, se aclaró la garganta y se pasó el chicle al otro lado de la boca.

—Mi padre murió igual —dijo, asintiendo con la cabeza—. Pastillas.

Asentí con la cabeza, y frunció el ceño en señal de condolencia, y volvió el silencio, a excepción de esos ruidos entre bastidores. No me acordaba de cómo había conseguido, la noche anterior, subir a Magda al piso de arriba y meterla en la cama. Recordaba el peso muerto de su brazo sobre mis hombros, y los inquietantes sonidos de satisfacción, esos suspiros que borbotearon en mi oído, como si fuera una amante borracha que intenta susurrar palabras lascivas. Ahora volvían a bajarla, atada con correas a una camilla, con la sábana sobre la cara, tan apretada que no solo podía distinguir el perfil de la nariz y la boca, sino las protuberancias de los ojos. El agente Blanco dijo algo, y con sorprendente agilidad se hizo rápidamente a un lado y salió, y un momento después, tras haber cruzado el umbral con un gran estruendo, todos habían desaparecido, de una manera tan brusca y completa que no parecía que se hubieran llevado los restos mortales de Magda, sino a un delincuente vivo que hubiera que transportar sin demora a un lugar seguro. Por la ventana los vi alejarse, la ambulancia, el coche de policía detrás. A mi alrededor la casa transformada vibraba, como si se hallara en el interior de una gran campana que hacía solo un momento había emitido su repique final.

Volví al presente y me acordé de Cass Cleave. Cautelosamente apreté la manecilla de la puerta y abrí y entré en el tenso y expectante crepúsculo del dormitorio. Ah, niña, mujer, perdóname.